

**CASAS Y TUMBAS.
EXPLORANDO LA DESIGUALDAD SOCIAL
EN EL BRONCE FINAL Y PRIMERA EDAD
DEL HIERRO DEL NE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA**

Gonzalo Ruiz Zapatero
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: La “arqueología de la muerte” ha sido empleada para caracterizar la organización social de las comunidades protohistóricas, en el convencimiento de que las tumbas proporcionan las claves necesarias para descubrir la desigualdad social a través de la asimetría en los contenedores y contenidos funerarios. Pero se precisa también la información de los registros domésticos para obtener así una imagen más completa de la sociedad de los vivos. Con estas premisas se analizan selectivamente algunos casos del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro del NE. de la Península Ibérica y se sugiere una evolución autóctona desde sociedades poco diferenciadas socialmente en los inicios del Bronce Final a otras con fuertes asimetrías ya en la Primera Edad del Hierro. Por último se llama la atención sobre la necesidad de una mirada más antropológica tanto en los estudios de las casas como de las tumbas a la hora de explorar la desigualdad social.

PALABRAS CLAVE: Casas, tumbas, desigualdad social, Península Ibérica, Bronce Final, Primera Edad de Hierro, Campos de Urnas, “arqueología de la muerte”.

HOUSES AND TOMBS. ON SOCIAL INEQUALITY IN LATE BRONZE AND EARLY IRON AGES IN NORTHEASTERN SPAIN.

ABSTRACT: The “archaeology of death” has been used for recognizing social organization in protohistoric communities with the confidence that tombs include the necessary data for discovering social inequality through asymmetry in burial constructions and grave goods. But we need at the same time, information from the domestic archaeological records in order to gain a more complete image of the living societies. With these premises in mind some cases from the Late Bronze Age and Early Iron Age in Northeast Spain are considered. An indigenous evolution from communities with limited social differentiation at the beginning of Late Bronze Age to communities with strong asymmetries in the Early Iron Age is outlined. Last but not least, a claim is done for a more anthropological perspective in the study of houses and tombs in the task of exploring social inequality.

KEY WORDS: Houses, tombs, social inequality, Iberian Peninsula, Late Bronze Age, Early Iron Age, Urnfields, archaeology of death.

Desde los trabajos seminales de Saxe (1970) y Binford (1971) la denominada *arqueología de la muerte*¹ ha perseguido –entre otras cosas– explorar la organización social de las comunidades enterradas en la seguridad de que las tumbas, los muertos y sus ajuares proporcionan la información básica para conocer la naturaleza de las sociedades vivas. Y desde luego lo primero

1 CHAPMAN, R. W. *et al.* (1981). BROWN, R. (1995). MORRIS, I. (1991).

que hay que recordar, como bien ha hecho Bradley², es que los tratamientos de los muertos de una comunidad son el resultado consciente e intencional de las decisiones de los vivos. Y estas decisiones pueden reflejar muchas cosas, como el estatus del difunto, su posición social en vida, la posición de su grupo de parentesco, la riqueza de su grupo familiar y allegados³. Pero en cualquier caso, lo que es cierto es que un cementerio, como los que vamos a considerar del Bronce Final, proporciona un registro material que fosiliza el conjunto de acciones repetidas a lo largo del tiempo por los miembros de una comunidad. Esos patrones de comportamiento son, en sí mismos, indicativos de la existencia de normas o reglas a las que se adhería la sociedad a lo largo del tiempo. Los correlatos materiales de esos patrones –los equipos funerarios, la composición por edad y sexo, la distribución espacial o el trabajo invertido en los contenedores funerarios– permiten abordar la identificación de estatus⁴. Se han realizado muchas críticas que cuestionan –y con acierto– que la complejidad del sistema funerario observable sea un espejo que ofrezca una imagen limpia y nítida de la complejidad social⁵, o que la inversión de trabajo o *gasto de energía* implicado en los enterramientos sea un medio absoluto de medir la diferenciación social. Pero a pesar de todo ello, el valor para usar los tratamientos funerarios como medio de documentación de la organización social del pasado reside en dos hechos importantes: 1) la estructura y los efectos condicionantes de una sociedad permanecen largamente y ejercen una gran influencia en las decisiones colectivas del ritual funerario, y 2) el registro

arqueológico funerario tiene un carácter acumulativo que permite lecturas de *tiempos largos*⁶.

En el caso de los enterramientos del Bronce Final de Campos de Urnas el procedimiento más generalizado para acercarse a la diferenciación social ha sido medir la *riqueza* de los ajueres funerarios contabilizando el número de objetos y su abundancia/rareza. Se asume que la asimetría de equipos funerarios refleja, más o menos, el estatus social de los individuos en vida. Para que este método tuviera plena validez sería necesario conocer algo que nos está vetado: el valor específico de cada objeto dentro de las sociedades protohistóricas, que lógicamente sería variable de unas a otras. Sólo una cosa parece medianamente clara: el valor del metal, el valor del bronce. Valor deducido de su atesoramiento en depósitos, su limitada presencia en contextos domésticos y su escasa amortización en tumbas. En áreas como el NE. de la Península Ibérica de pobres recursos mineros sólo el metal en sí mismo ya tenía un gran valor. Lógicamente ese valor se acrecienta con fabricados bronceos complejos y que requerían una elevada especialización⁷. Con todo deducir una relación directa entre la cantidad de metal de las tumbas y el mayor o menor estatus social no deja de ser una aproximación grosera, simplista y simplificadora de la propia complejidad social. Pero si eso, a pesar de todo lo dicho, parece razonable al evaluar los objetos de bronce ¿Qué decir de los recipientes cerámicos? ¿Tiene todos el mismo valor? ¿Su elevado número en una tumba es sinónimo de un alto estatus? ¿Cuál era el significado de depositar pocas o muchas cerámicas? En muchos casos

2 BRADLEY, R. (1989).

3 CANNON, A. (1989).

4 O'SHEA, J. M. (1996).

5 PARKER PEARSON, M. (1993). ID. (1999).

6 O'SHEA, J. M. (1996): 14 y ss.

7 RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA, J. (1994-96).

su número no parece estar siempre directamente relacionado con la *riqueza* de una tumba por cuanto en ocasiones no existe una correlación estrecha entre el número de vasos y el número de bronce. Una vez más el problema real estriba en conocer el significado de las cerámicas en los enterramientos. Ignoramos si los vasos reflejan el número de personas obligadas por razones de parentesco a reconocer el estatus del difunto, si suponen, de alguna manera, una expresión de familias extensas o si hubo alguna otra explicación que no llegamos ni siquiera a imaginar.

Es muy probable, como ha sugerido P. Wells⁸, que la distribución de riqueza en las tumbas sea un pobre indicador o al menos impreciso de cómo fue realmente la distribución de la riqueza dentro de las comunidades agrarias del Bronce Final. Da la impresión de que sólo unos pocos individuos fueron capaces de adquirir más riqueza que la mayoría, pero esa riqueza se materializaba más en la cantidad que en la calidad de las pertenencias. Durante el Bronce Final las bases del poder y el establecimiento de élites debieron ser muy inestables, y, por tanto, aquel debió ser muy fluctuante en el seno de las comunidades.

Por otra parte, la aproximación a las sociedades pretéritas sólo desde la perspectiva de los enterramientos, del mundo de los muertos, deja completamente fuera la perspectiva de los asentamientos o lo que es lo mismo el mundo de los vivos. De ahí que se haya señalado con toda razón que los estudios de arqueología de la muerte deberían incluir también la arqueología de los lugares de habitación⁹ si queremos tener una visión menos distorsionada.

CASAS Y TUMBAS

Desde muy pronto en la investigación arqueológica la exploración de las desigualdades sociales se realizó a través del análisis de los ajuares funerarios en las tumbas y a través del estudio de las diferencias en las estructuras de habitación. Por más que en las primeras etapas esas tareas se realizaran de forma intuitiva y con muchas dosis de subjetividad.

Por lo que se refiere a las casas del Bronce Final /Primera Edad del Hierro en el NE. de la Península Ibérica la primera consideración es la relativa diversidad de tipos de viviendas (Fig. 1). En primer lugar cabe diferenciar entre simples chozas y cabañas y casas con una construcción más consistente que emplea, como veremos, zócalos de piedra, adobes y tapial. Las cabañas parecen la norma generalizada, o al menos es la habitualmente documentada, en las tierras orientales de Cataluña¹⁰, en toda la depresión prelitoral desde el Ampurdán, pasando por el Vallés, el Barcelonés y el Maresme hasta el Campo de Tarragona. Aunque pueden variar las plantas –ovales y subrectangulares por lo común– y detalles de la organización interna del espacio doméstico, en líneas generales representan un modelo muy uniforme, con estructuras ligeras semiexcavadas en el suelo y con silos, con pocas diferencias. Las casas, con una arquitectura más estable y duradera, predominan desde el Alto Ebro hasta las comarcas occidentales de Cataluña, especialmente el área del Cinca-Segre, y también ofrecen una serie de rasgos comunes, la práctica exclusividad de las plantas rectangulares o parecidas, el empleo de similares materiales constructivos y una organización interna muy semejante, aunque con diferencias en otros aspectos¹¹.

8 WELLS, P. S. (1984): 76.

9 LULL, V. y PICAZO, M. (1989). LULL, V. (2000).

10 PETIT, M^a. A. (1985). PONS i BRUN, E. y FRANCÉS, J. (1994).

11 ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1982-a). JUNYENT, E. (1989). JUNYENT, E. *et al.* (1994).

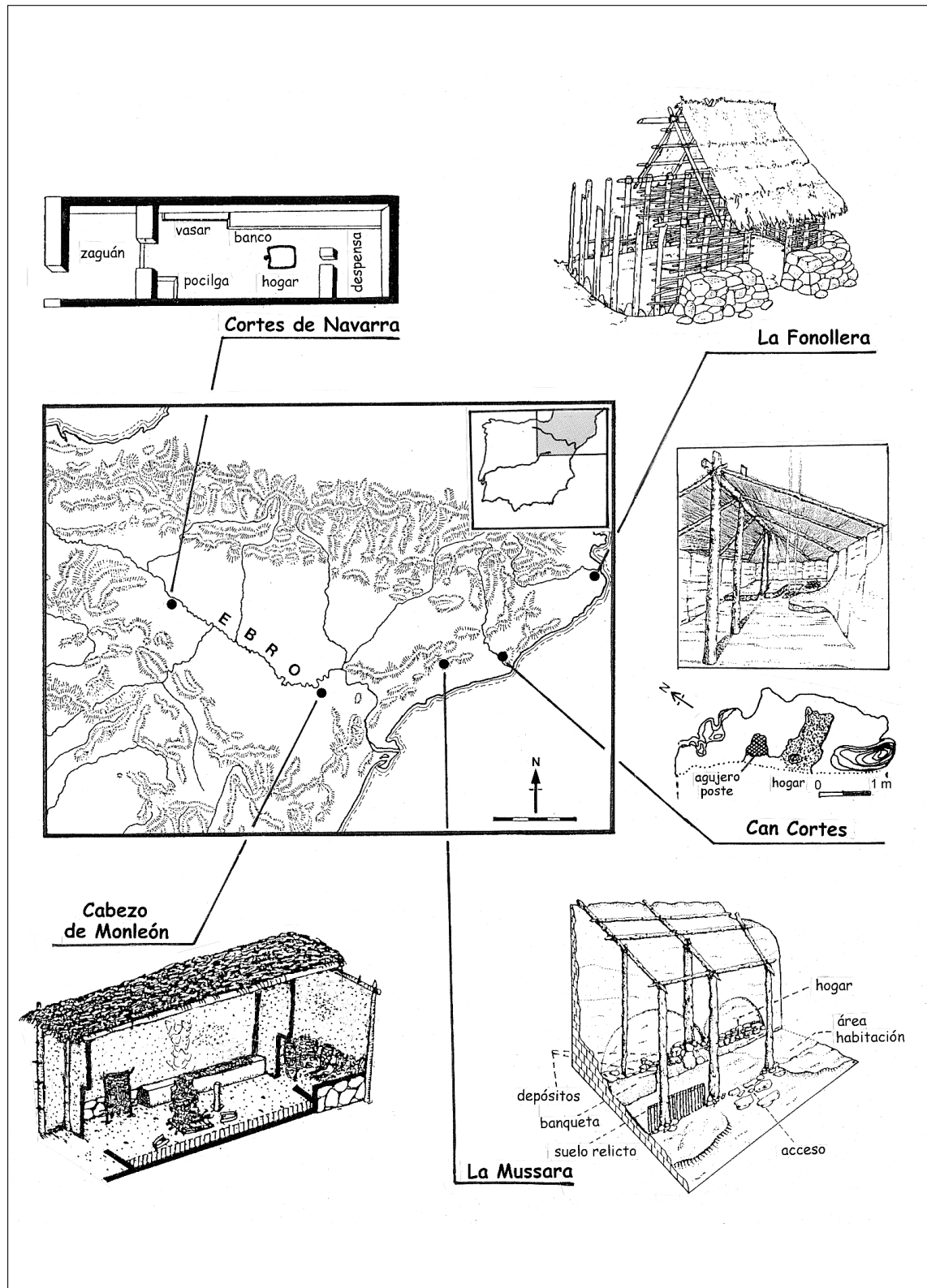


Fig. 1. El Nordeste de la Península Ibérica y los principales tipos de viviendas del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. (Según diversos autores)

Los rasgos de las casas que pueden ser valorados de cara a una diferenciación de “hogares” se pueden resumir de la siguiente manera: 1) el trabajo invertido en la construcción, en relación muy estrecha con las dimensiones, la tecnología constructiva y la accesibilidad de los materiales de construcción, 2) la superficie techada, 3) la gama de actividades específicas que se desarrollan en su interior, 4) la diversidad de elementos estructurales y decorativos dentro de la vivienda, 5) la cantidad y diversidad de los equipos domésticos y 6) la capacidad de almacenaje de recursos alimenticios (Fig. 2). La primera reflexión sobre estos criterios es que implican una metodología de excavación y recogida de datos de alta calidad y, además, realizada sobre un conjunto lo más amplio posible de unidades domésticas, lo que como veremos no ha sido siempre el caso. La segunda es que, a todas luces, el grado de dificultad para ser evaluados de forma objetiva varía de unos a otros. La superficie puede ser fácilmente establecida en ocasiones pero la estimación del trabajo invertido es mucho más compleja y la capacidad de almacenaje de alimentos puede resultar sencillamente imposible en la mayoría de los casos, aún contando con un buen registro arqueológico. Al margen de estos problemas, se ha señalado que la simetría de las viviendas en una sociedad protohistórica puede ocultar desigualdades sociales notorias, bastaría recordar el caso de las comunidades de finales del Hallstatt centroeuropeo, en el que las fuertes asimetrías funerarias¹² no encuentran correspondencia en el ámbito doméstico¹³. Por eso una alternativa es el análisis de oligoelementos de restos óseos humanos para reconstruir calidad de alimentación y

patologías, que puede demostrar diferencias notables en el logro de una dieta rica y regular. En otras palabras la desigualdad no se reconoce en los contextos domésticos pero sí puede detectarse en el acceso desigual a los recursos alimenticios. De hecho, por no salir del ejemplo del mundo hallstático tardío, el acceso, control y redistribución del vino mediterráneo por parte de las elites centroeuropeas jugó un gran papel en las estrategias de mantenimiento y reforzamiento del poder¹⁴.

Por otra parte, no deja de ser extraño que el estudio de la alimentación, las estrategias sociales del consumo alimenticio y en definitiva, el análisis socialmente contextualizado de la comida en las sociedades prehistóricas, en suma, una verdadera arqueología de la alimentación y el consumo, sólo muy recientemente está recibiendo la atención que merece¹⁵. Habrá que ampliar mucho más nuestros conocimientos sobre la alimentación, el acceso diferencial a una dieta rica y regular para explorar las desigualdades sociales más allá de la homogeneidad de las unidades domésticas. Pero indudablemente las posibilidades más serias son: la evaluación de la capacidad de almacenaje de alimento por unidad doméstica y el análisis de oligoelementos de restos humanos. Es muy probable que en muchas sociedades pre-estatales la diferenciación social no se visualice en las viviendas o se haga de formas sutiles difíciles de percibir.

En el caso de los enterramientos también existe una serie de criterios (Fig. 2) que permiten evaluar posibles diferencias con significación social: 1) la inversión de trabajo o *gasto de energía* en la construcción de la tumba como contenedor, 2) el ritual implicado en la deposición de restos humanos y ajuar funera-

12 ROLLEY, C. (2003). ARNOLD, B. (2002).

13 BRUN, P. y CHAUME, B. (1997).

14 ARNOLD, B. (1999). ID. (2001).

15 DIETLER, M. y HAYDEN, B. (2001). GEMTSENT, F. (2000). GOSDEN, C. y HATHER, J. (1999). VAN DER VEEEN, M. (2003).

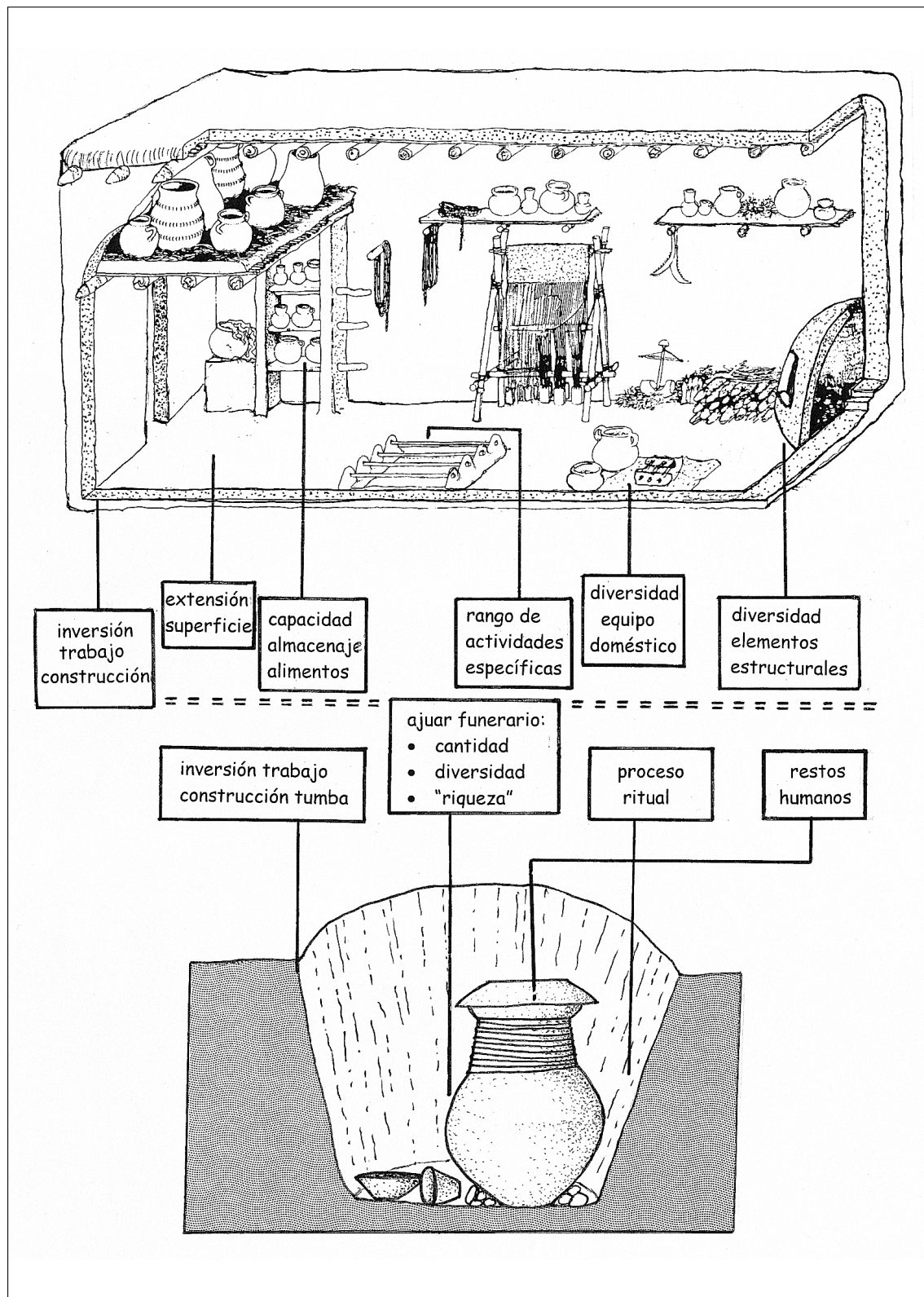


Fig. 2. Criterios básicos para la identificación de diferencias con posible contenido social en las viviendas y tumbas del Bronce Final-Primera Edad del Hierro

rio, 3) el propio ajuar o equipo funerario, atendiendo a su cantidad, diversidad y “riqueza”, por más que este concepto sea ambiguo y resulte difícil encontrar indicadores objetivos, y 4) los propios restos humanos. No podemos olvidar que los restos de las incineraciones y algunas pocas inhumaciones constituyen, de alguna manera, nuestro más directo punto de contacto con las gentes del Bronce Final. A pesar de los problemas que ofrecen los restos incinerados¹⁶ los análisis antropológicos pueden revelar datos sobre sexo, edad, patrones de mortalidad, lesiones, tratamiento ritual, aspecto físico, etc.; por otro lado los análisis de oligoelementos¹⁷ pueden proporcionar características de la dieta y en definitiva rasgos de la salud biológica de la población y por último los análisis de ADN, a pesar de su extrema dificultad con restos incinerados, tienen un indudable potencial para determinar si los individuos de un cementerio estaban estrechamente relacionados o eran heterogéneos, lo que indicaría la recepción de *outsiders*. Las tres primeras variables son las que en las últimas décadas se han venido utilizando como vías de acceso a la interpretación social de los depósitos funerarios. Pero me temo que, en conjunto y por lo que se refiere al NE. de la península, no hemos llegado a lograr la relación deseable entre la antropología biológica y la arqueología funeraria.

Un aspecto que siempre ha sido asumido sin ningún cuestionamiento es el carácter de las tumbas como depósitos cerrados con “tiempos breves”; es decir la consideración de que las tumbas carecen de procesos o “tiem-

pos” largos”. Se abre la tumba, se deposita el cuerpo o las cenizas y el correspondiente ajuar y se cierra el enterramiento. Las tumbas vienen a ser algo así como cápsulas con tiempo cero. Pero lo cierto es que la realidad de la mayoría de los enterramientos dista mucho de esa apreciación¹⁸. Las tumbas sufren procesos postdeposicionales¹⁹ y son el resultado de toda una cadena operativa de acciones y gestos (ver Fig. 3), son el producto final de procesos con “tiempos largos”²⁰. Entre los cuales, en el final de la cadena, hay que situar las acciones y comportamientos posteriores al cierre de las tumbas, esto es, el uso de los cementerios como lugares de “culto” familiar, de deudos y allegados²¹.

CAMPOS DE URNAS ANTIGUOS

Contamos con pocos poblados y viviendas de la fase más antigua del Bronce Final excavados. Por un lado, como ya se ha señalado, nos encontramos con pequeños poblados de cabañas en el Ampurdán y la Cataluña meridional, con precedentes en los substratos locales anteriores del Bronce. Por otro lado, las cabañas en fosas aisladas o formando pequeñas alquerías o aldeas en el Vallès-Maresme con una larga historia que se remonta al Neolítico y, finalmente, los poblados con arquitectura de piedra y un modelo protourbano del Segre-Cinca y el Bajo Aragón, cuyas raíces se encuentran en los horizontes autóctonos del Bronce Medio e incluso anteriores.

El poblado gerundense de La Fonollera²² fue en el Bronce Final (1100-900 a.C.) una

16 CAMPILLO VALERO, D. (1991). McKINLEY, J. I. (1989).

17 JIMENO, A. *et al.* (1996).

18 JOHANSSON, N. (1998). OLIVIER, L. (1999).

19 JOHANSSON, N. (1998): 159-164.

20 OLIVIER, L. (1999): 132-133.

21 BARTHELHEIM, M. y HEYD, V. (2002).

22 PONS i BRUN, E. (1977). PONS, E. y COLOMER, A. (1988).

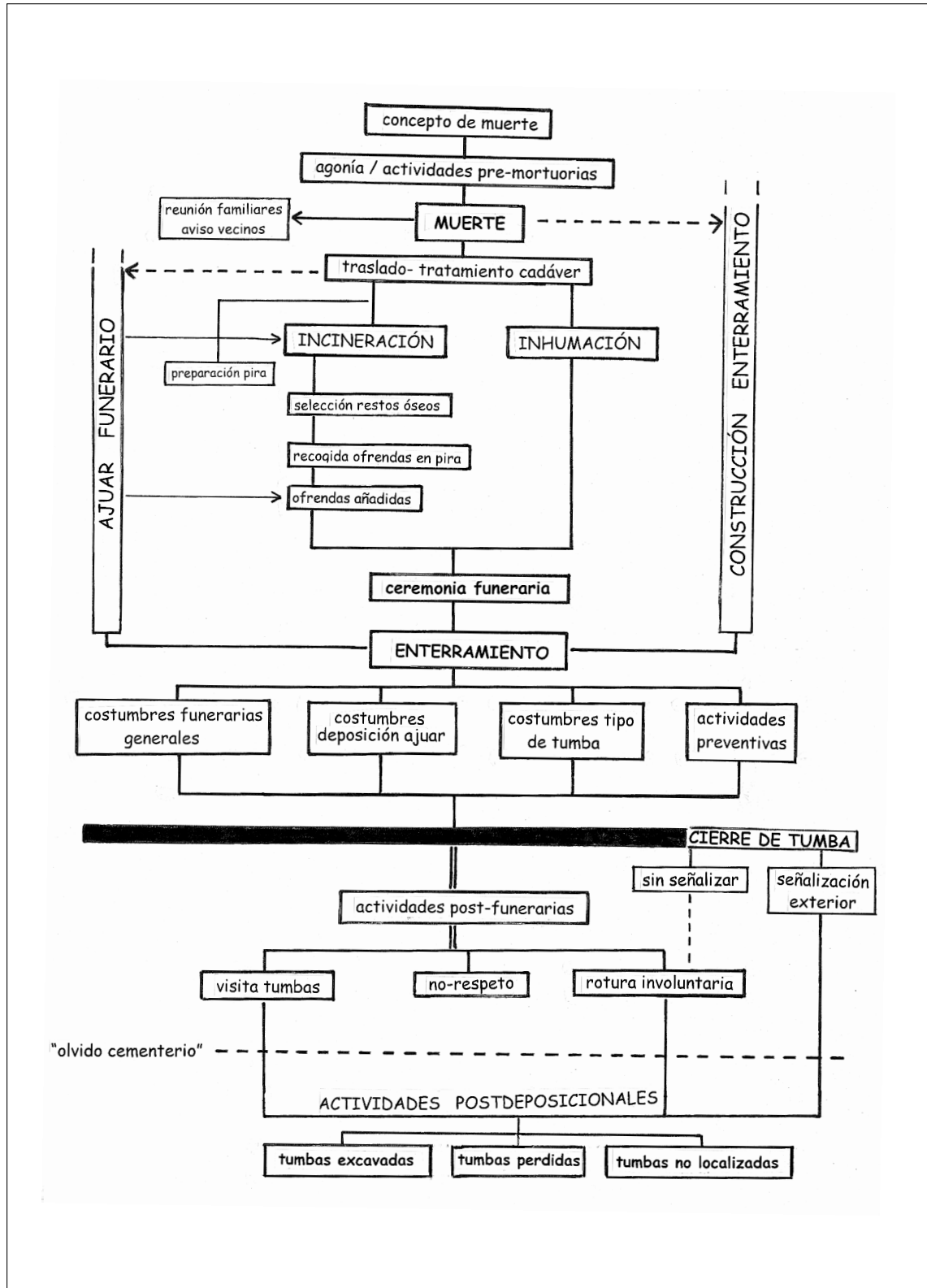


Fig. 3. El ritual funerario como proceso de "tiempo largo" (basado en parte en datos de Bartel 1982, Bartelheim y Heyd 2002: fig. 7 y Olivier 1999)

agrupación de cabañas construidas con materiales ligeros y zócalos de piedra cuyas plantas han quedado bien definidas por las trincheras de cimentación y agujeros de poste excavados en la roca. Las cabañas son de planta rectangular con los ángulos redondeados y pequeñas dimensiones, de 6 a poco más de 12 m², disponían de hogares bien estructurados y revelan un uso diferenciado del espacio (Fig. 1). Los equipos domésticos reflejan fuertes semejanzas entre las distintas unidades domésticas. Estos hábitats del tipo La Fonollera constituyen las primeras aldeas permanentes en el extremo NE. de Cataluña. En el mediodía de Cataluña algunos hallazgos de superficie parecen documentar también la existencia de este tipo de pequeños poblados de cabañas, como es el caso de El Coll de les Forquetes de Prades o de Boella en Reus²³, en realidad un hábitat del Bronce Medio con algunas cerámicas acanaladas de Campos de Urnas Antiguos.

En las planas costeras y los valles fluviales del Vallés-Maresme las pequeñas agrupaciones de cabañas excavadas en el suelo, a veces llamadas “cabañas en fosa”, son el tipo de asentamiento exclusivo²⁴. No hay buenos registros y se han confundido en la bibliografía auténticas cabañas, como Martorelles o la más reciente y bien excavada de Can Cortés²⁵ (Fig. 1), junto a fondos de silos que estarían asociados a estos hábitats. Las cabañas se construyeron con adobes, troncos y ramaje revestidos de barro y fueron siempre de pequeñas dimensiones. No parece que de ninguna manera pueda hablarse de diferencias entre las estructuras, aunque desconocemos la

distribución de silos y especialmente sus capacidades, tiempo de uso, adscripción a unidades domésticas, etc. que podría proporcionar información más interesante para la cuestión que tratamos aquí.

Los poblados con casas de piedra rectangulares y cierto ordenamiento urbanístico caracterizan a las terrazas y llanos del Bajo Segre-Cinca. Los emplazamientos típicos son en cumbre de colina, como Genó²⁶ y Montefiu, y en punta de promontorio como es el caso de Carretelà²⁷.

La información más completa e interesante viene del poblado de Genó (Aitona, Lleida) emplazado en una pequeña loma junto al río Segre, sin duda el “conjunto protourbano de Campos de Urnas Antiguos más interesante de Cataluña” como proclaman sus excavadores y fechado en algún momento del s. XI a.C.²⁸. El asentamiento tiene forma de herradura con 18 casas adosadas unas a otras dejando un espacio central, probablemente de uso comunal para guardar ganado por las noches y otras actividades colectivas (Fig. 4 A y B). Las casas son de planta rectangular de unos 6-7 m. de lado, con los muros traseros perdidos en muchos casos por la erosión de la cumbre, y están construidas con muros de piedra trabadas con barro; postes de madera interiores –reconocidos por agujeros calzados con losetas– debieron ayudar a sostener la techumbre. La superficie debió ser de unos 35-40 m²²⁹. El suelo se acondicionaba con pavimentos de arcilla que, además, ayudaban a salvar los desniveles de la roca natural. El espacio doméstico interior estaba bien organizado: hogares en posiciones centrales con molinos

23 RUIZ ZAPATERO, G. (1985): 221.

24 PETIT, M^a. A. (1985). PONS i BRUN, E. (2000-b): fig. 65.

25 ROVIRA, J. y PETIT, A. (1996).

26 MAYA, J. L. *et al.* (1998).

27 MAYA, J. L. *et al.* (2001-2002).

28 MAYA, J. L. *et al.* (1998). MAYA, J. L. (2002).

29 LÓPEZ, J. B. y GALLART, J. (2002): 129.

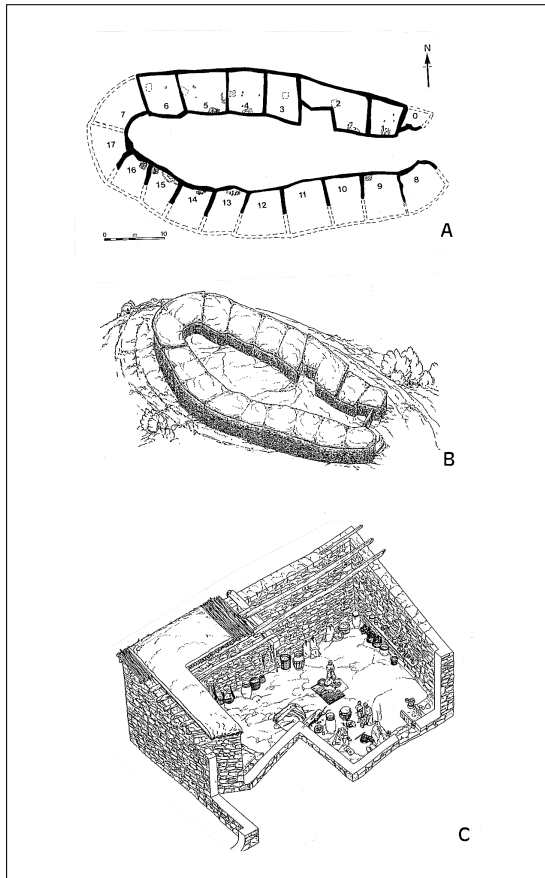


Fig. 4. El poblado del Bronce Final de Genó (Aitona, Lleida), intento de reconstrucción y detalle del posible aspecto de la casa 2 (A según Maya, Cuesta y López Cachero 1998 [redibujado], B y C según Boj 2000)

de mano en sus proximidades, bancos que aprovechan rocas del terreno o se rematan con barro alisado, depósitos o estructuras especiales para amasar (casa 8) o el horno de piedra de la casa 2. El almacenaje de agua y de grano se realizaba en grandes tinajas decoradas con cordones impresos, algunas con algo más 100 litros de capacidad, que se debían disponer junto a las paredes. Una variada vajilla de cocina y de mesa, muchas piezas estuvieron colocadas en estanterías por la distribución de los recipientes, completaba el

equipamiento doméstico. El metal es bastante escaso y apenas fueron halladas una veintena de piezas todas de pequeño tamaño (Fig. 5). Los tipos y asociaciones de hallazgos permiten reconocer dos concentraciones significativas en las viviendas 2 y 5, en la primera el hallazgo de un hogar de grandes lajas clavadas, que es exclusivo en el poblado, además de restos de un crisol y una gota de cera con sales de cobre indican con seguridad la existencia de un taller metalúrgico (Fig. 4C), que coincide con la única casa de planta algo diferente, de mayor tamaño y en una posición central (Fig. 5). Los excavadores destacaron que las dimensiones semejantes de todas las viviendas y la similitud de los ajueres domésticos apuntaban hacia una sociedad más bien igualitaria. Sólo la citada casa 2 rompía la norma, ya que todo lo anterior sugiere que fuera la casa del fundidor del poblado y en consecuencia que quizás por lo específico de su función pudo tener una posición de prestigio dentro de su comunidad. Apoyaría igualmente esta hipótesis el variado y numeroso ajuar cerámico, no superado por ninguna otra vivienda³⁰. En todo caso la presencia de dientes de hoz líticos –probando la dedicación al trabajo agrícola de sus moradores– reforzaría la idea de un especialista “a tiempo parcial”, quizás en ciertas épocas del año o simplemente cuando la situación lo requería, y por tanto con un incipiente grado de diferenciación social. Los reducidos hallazgos de bronce se explican en parte por las dificultades de abastecimiento mineral de la región³¹ y convierten de forma doble al metal en un indicador de “riqueza”, al menos en el sentido de productos escasos, de difícil acceso y cuya posesión dependía, en última instancia, de suministros de áreas lejanas.

30 MAYA, J. L. *et al.* (1998): 168.

31 RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA, J. (1994-96).

Los análisis de residuos de contenidos en algunos recipientes cerámicos dan una idea de toda una serie de productos preparados, almacenados o consumidos en ellos³². Ciertos recipientes contuvieron productos lácteos, grasas de origen animal (caldos o carne en adobo), sangre, bellotas, harina de cereales y miel de abeja, en un caso empleada en una especie de mermelada o dulce de frutas de mora. Y además restos de cerveza. Lo que junto a los cereales consumidos en forma de tortas o gachas nos ofrece un cuadro más variado de lo tradicionalmente imaginado. Con todo las posibilidades de reconocer diferencias de dieta alimenticia entre los miem-

bros del grupo siguen quedando lejanas. Sobre todo los años de malas cosechas continuadas tuvieron que incidir muy fuertemente en la salud de las poblaciones como en cualquier sociedad preindustrial.

Desgraciadamente no contamos con los enterramientos de la comunidad de Genó. Quizás como se ha señalado porque la corta vida del poblado, destruido por un violento incendio, no permitió que se formara una necrópolis³³, algo que se ha sugerido para otros casos³⁴. De cualquier forma sus probables tumbas tumulares de incineración no habrían acumulado objetos bronceos como puede deducirse, según veremos más

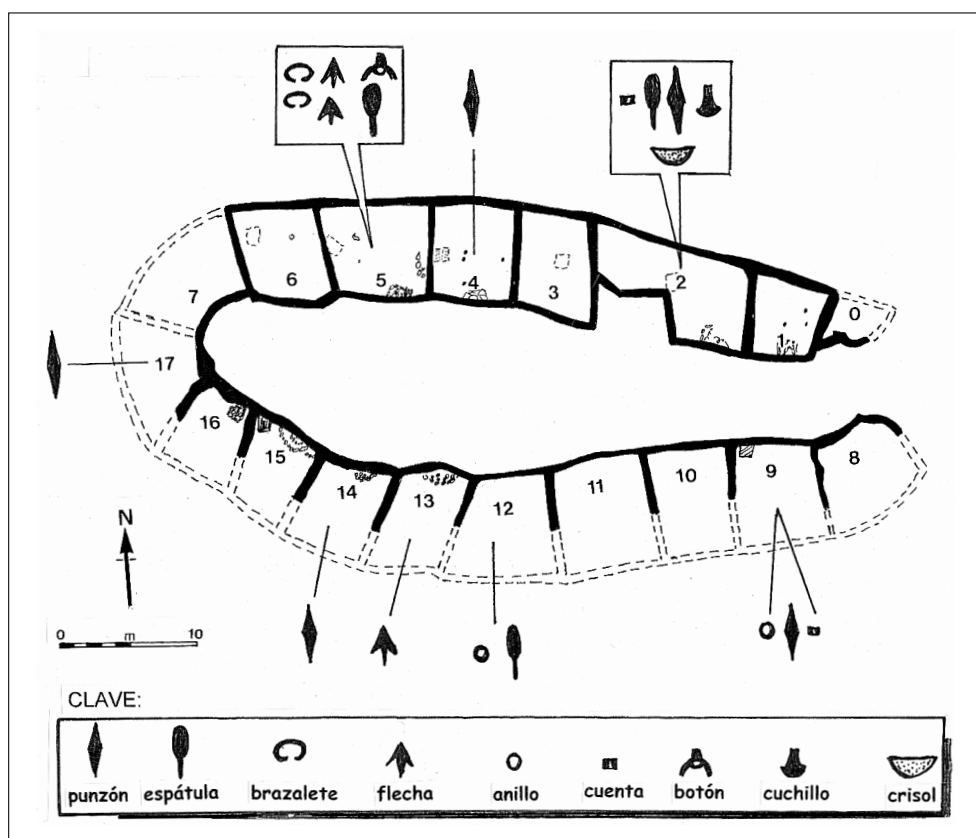


Fig. 5. Dispersión de los hallazgos metálicos en el poblado de Genó. Obsérvense las concentraciones de las viviendas 2 y 5, la primera con bastante seguridad un taller metalúrgico

32 JUAN-TRESSERAS, J. (1998).

33 MAYA, J. L. *et al.* (1998): 169.

34 RUIZ ZAPATERO, G. (2001): 266.

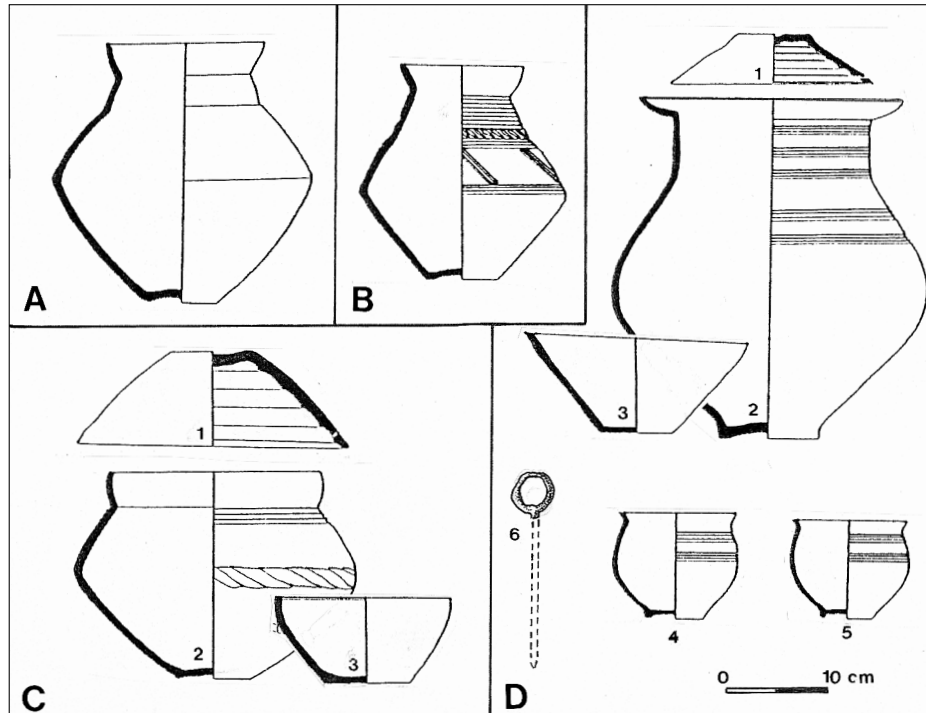


Fig. 6. Ajuares de las tumbas de Campos de Urnas Antiguos de la necrópolis de Can Missert (Tarrasa): A, tumba 4, B, tumba 1, C, tumba 2 y D, tumba 18. (Según Ruiz Zapatero 1985 redibujado)

adelante, de otros enterramientos contemporáneos.

El número de casas de estos primeros asentamientos del Bronce Final en el Segre-Cinca parece haber sido reducido, como revelan Carretelà y Genó, tal vez no superior a las 20-25 viviendas, cifra estimada para Montefiu. De manera que una figura variable entre 40 y 100 habitantes podría asumirse razonablemente para las comunidades de Campos de Urnas Antiguos del Valle del Segre. En resumen, parece que las pequeñas comunidades de comienzos del Bronce Final levantaron poblados con apenas una veintena de casas y que las viviendas no ofrecen, aparentemente, diferencias sustanciales desde el punto de vista estructural y de la organización del espacio doméstico. El acceso desigual a los fabricados

metálicos, posible correlato de desigualdades en la apropiación desigual de la producción subsistencial, no parece muy marcado. De todas formas resulta muy difícil vislumbrar el grado de diferenciación social que pudo existir detrás de las pequeñas asimetrías en los equipos metálicos de las viviendas, como bien hemos visto en el caso del poblado de Genó.

En cuanto a los enterramientos de la fase más antigua de Campos de Urnas el análisis de los ajuares funerarios revela algunas características básicas³⁵ 1) la homogeneidad y sencillez de los equipos funerarios. La norma es la sola urna cineraria, en muchas ocasiones con tapadera cerámica o losetas y no parece que existiera una producción cerámica normalizada para el ritual funerario, y 2) la reducida amortización de metal como ajuar. Son muy pocas

las tumbas que incluyen algún objeto de bronce. Así en la fase más antigua del cementerio de Can Missert lo común es la urna funeraria por todo ajuar y sólo contadísimas tumbas añaden cierta *riqueza* (Fig. 6). Por ejemplo, la tumba 2 además de tapadera cerámica tenía un cuenco y en la tumba 18 se depositaron una aguja con cabeza de aro de bronce, dos vasitos globulares y un cuenco troncocónico. Por otro lado, resulta ciertamente difícil determinar en que medida una tumba como Can Missert 18 representa a un individuo diferenciado por su mayor estatus³⁶.

En general las escasas sepulturas conocidas de los Campos de Urnas Antiguos apuntan a una sociedad bastante igualitaria y con pocos medios materiales para marcar posibles diferencias de estatus. Por otra parte se ha destacado que la rareza de armas en depósitos y tumbas –las pocas conocidas son piezas antiguas rotas, de procedencia foránea y fuera de contexto– señala la reducida conflictividad de la época³⁷. No obstante habría que recordar que las espadas largas como las de La Llacuna, la de Zaragoza de tipo Hemigkofen –un molde para fundir estoques de este tipo se halló junto a otras matrices en el poblado oscense de El Regal de Pídola–, el cuchillo de tipo Dasice de Tarragona, algunas puntas de lanza (Can Sadurní y Can Xamanet, Barcelona)³⁸ y, ya en la transición a la etapa siguiente, la cnémide del depósito de Llavorsí³⁹ no dejan de asociarse a elites con equipos de combate eficaces que, sin duda, fueron, al

mismo tiempo elementos de exhibición de poder⁴⁰. Estos equipos de guerrero, como en otros ámbitos del Bronce Final europeo⁴¹ sólo debieron llegar a un número muy limitado de individuos dentro de cada comunidad e incluso, tal vez, eso no ocurrió en todas las comunidades de la época. Sí parece fuera de toda duda que el bronce fue un elemento de estatus y distinción social⁴².

CAMPOS DE URNAS RECIENTES

El hábitat de este periodo supone el desarrollo de los esquemas fundamentales de la etapa anterior y muy fundamentalmente el poblamiento permanente, en ocasiones con largas ocupaciones evidenciadas por potentes estratigrafías. En el Ampurdán y algunas comarcas limítrofes el horizonte de Mailhac I no resulta bien conocido en lo que se refiere a los asentamientos y las viviendas, de cualquier forma el carácter permanente de los hábitats está claramente atestiguado⁴³. En la zona del Vallés se prolonga la tradición de los asentamientos de cabañas excavadas mientras que en el mediodía de Cataluña, en las comarcas tarraconenses, las primeras instalaciones de poblados estables –como Molá⁴⁴ y La Mussara⁴⁵– sustituyen a las agrupaciones de cabañas de la fase anterior. En las planas occidentales del Cinca-Segre la tradición de los hábitats estables con organizaciones que han llegado a calificarse como protourbanas es la norma general⁴⁶. Esta tradición es la que

36 MAYA, J. L. (1993): 16.

37 PONS i BRUN, E. (2003-b): 111.

38 RUIZ ZAPATERO, G. (1985): 880, 886-889, 899 y 926.

39 GALLART, J. (1991): 20.

40 RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA, J. (1994-96): 31.

41 RUIZ ZAPATERO, G. (2003): 14.

42 RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA, J. (1994-96): 35.

43 PONS i BRUN, E. (2000-b).

44 VILASECA, S. (1943).

45 ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1982-b).

46 ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1982-a).

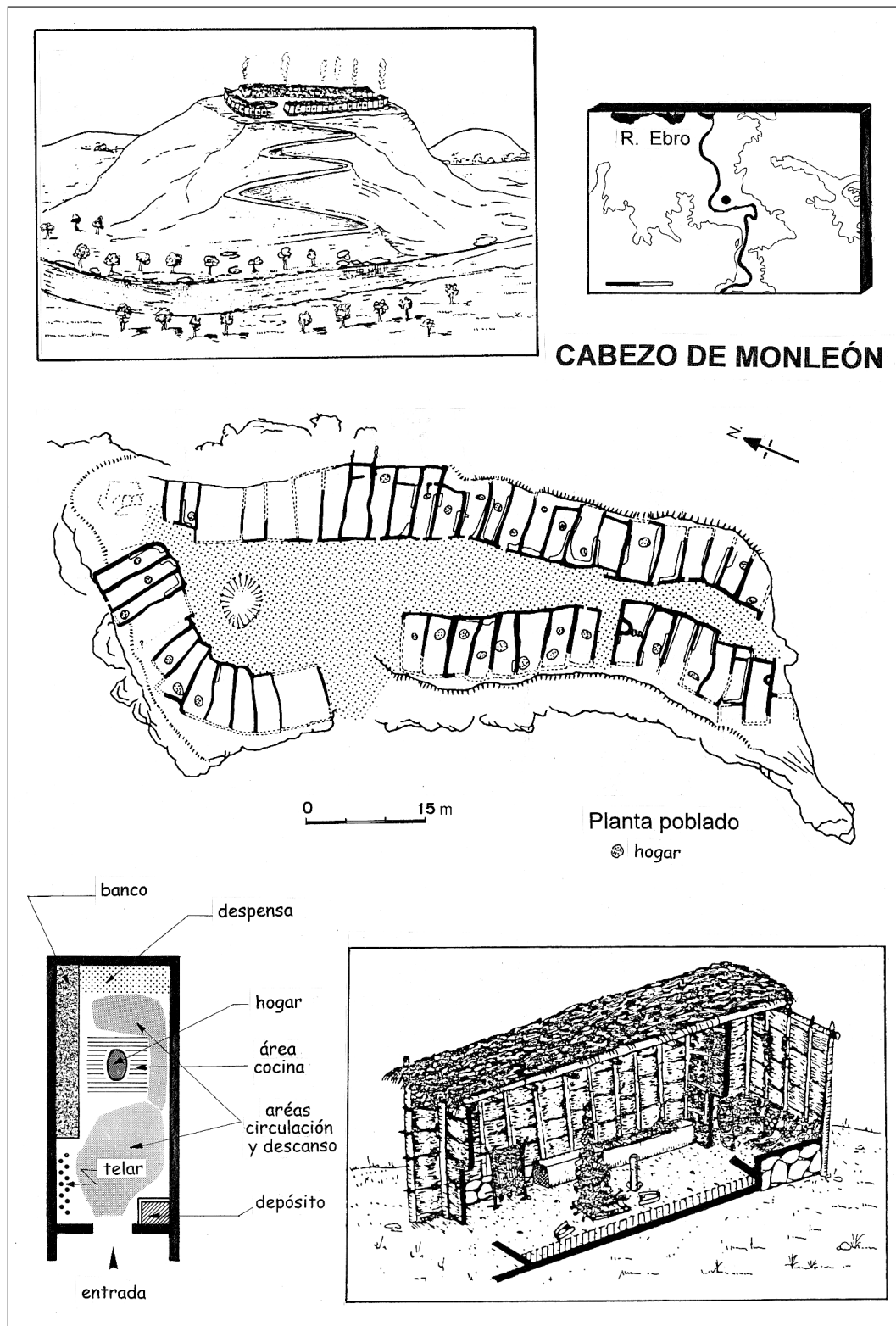


Fig. 7.

encontramos también en el Bajo Aragón y se extenderá aguas arriba del Valle del Ebro hasta alcanzar la cuenca alta del mismo. Resulta destacable la peculiaridad de la importancia de la arquitectura en adobe en las tierras del fondo de la depresión del Ebro.

Uno de los mejores ejemplos de los poblados y las casas de este periodo lo encontramos en El Cabezo de Monleón. El poblado está situado junto a un meandro del río Guadalupe a unos 5,5 km de Caspe, emplazado sobre un tozal amesetado de fuertes pendientes que se eleva unos 100 m sobre las tierras llanas circundantes⁴⁷. Sólo por el Sur una serie de pequeñas terrazas facilitan el acceso a la cumbre plana, donde 58 viviendas formando dos largas hileras dejaban una calle o espacio central en cuyo extremo Norte una balsa serviría para la recogida de agua de lluvia. La distribución de las casas revela una gran capacidad de adaptación a la topografía del terreno, lo que unido a la existencia de paredes medianiles comunes, la homogeneidad constructiva de las viviendas y la contemporaneidad relativa de los ajueres domésticos justifica la idea de una construcción unitaria, probablemente en un mismo momento, aunque luego pudieron existir abandonos o reconstrucciones. Las casas tuvieron las puertas abiertas hacia el interior de forma que las traseras unidas constituían una especie de muralla. La entrada principal debió estar en el lado Oeste donde había una zona sin viviendas. La comunidad establecida en el Cabezo de Monleón pudo tener unos 250-300 habitantes si asumimos familias nucleares por cada vivienda.

Las casas eran de planta rectangular, en algún caso más bien trapezoidal, teniendo las más grandes unas dimensiones de 10 por 4 m.

aunque el valor medio está en torno a unos 8,5 por 3 m, lo que representa unas superficies interiores de entre 25 y 40 m²⁴⁸. Tenían unos zócalos o banquetas de piedra y las paredes se recrecieron con adobes o con tapial; en algunas viviendas se localizaron postes de madera intestados en las paredes para dar consistencia al tapial, así como en las esquinas para servir de soporte a la techumbre. Troncos de pino, encina o sabina se emplearon en las cubiertas como vigas principales que sustentarían otras más pequeñas y todo se recubriría de cañizos manteados de barro o yeso como evidencian los fragmentos con improntas vegetales que se han conservado. Los suelos se igualaron con tierra apisonada y en ocasiones se recubrieron con capas de barro o yeso.

La distribución interior de las viviendas resulta muy uniforme⁴⁹. En ocasiones un pequeño alero o saliente da paso a la estancia principal, aunque en la mayoría el acceso desde la calle era directo. En la estancia principal uno o dos bancos corridos junto a las paredes laterales debieron servir de vasares, en algunos casos la concentración de restos de pesas de telar sugiere el emplazamiento de telares cerca de la entrada para aprovechar la luz, y en otras ocasiones en las esquinas se construyeron pequeños depósitos o alacenas. Hacia el centro de la estancia se sitúa el hogar, generalmente circular o elipsoidal, construido con una capa de barro, recocida por los efectos del fuego continuado. Junto al hogar aparecieron en algunas casas un pequeño poste revestido de barro para sostener los recipientes sobre el fuego y una especie de recogedores de barro para retirar las cenizas del hogar. Al fondo de las viviendas, a veces separado de la estancia principal por un tabique, se encon-

47 BELTRÁN, A. (1962).

48 BELTRÁN, A. (1984).

49 RUIZ ZAPATERO, G. *et al.* (1986): 88-89.

traba la despensa o almacén como prueban las grandes tinajas de almacenaje de grano. La relativa uniformidad en la disposición de hogares, hornos, bancos y depósitos indica, como se ha destacado también para el Cinca-Segre⁵⁰, la autonomía de la *domus* y el peso de la familia nuclear como institución básica.

No se aprecian diferencias notables entre las casas, aunque la concentración de ciertos elementos en algunas viviendas sugieren una posible especialización de tareas, así en una

casa la presencia de varios molinos de vaivén hizo pensar a los excavadores en un taller harinero, en otra un gran número de pesas de telar y restos de colorante rojo y amarillo podrían indicar la actividad de un pequeño taller textil y, por último, dos viviendas que incluyen sendos hornos de fundición y restos de moldes pudieron haber funcionado como talleres metalúrgicos⁵¹. En todos los casos parece que las actividades artesanales se desarrollaron dentro del ámbito familiar.

CAJA 1

Cortes de Navarra: urbanismo y vivienda en el Valle medio del Ebro

El poblado de Cortes de Navarra se eleva sobre un pequeño montículo de los llanos de inundación del río Ebro que discurre a poco más de 5 km. de distancia y ocupa una superficie de 0,75 Ha. Se han diferenciado seis fases constructivas y, aunque en las últimas excavaciones⁵² parece documentarse un momento anterior a los Campos de Urnas (PIIIa) con un fondo de cabaña circular, parece claro que desde la fase PIIIb (800-700 a.C.) existe una tradición urbanística y arquitectónica que —con pequeñas variaciones— se mantendrá hasta el final de la vida del poblado (Fig. 8).

Con el inicio de la fase PII, a comienzos del s. VII a.C., se observa una reestructuración general del hábitat con un fuerte desplazamiento de los ejes de las viviendas respecto a la fase anterior. Aunque sólo puede por ahora sugerirse, parece que en PIIIb las casas se organizan en dos manzanas en torno a un espacio central, como en el Bajo Aragón, y que en PIIa se produce una nueva estructuración urbanística más compleja. Las nuevas excavaciones han demostrado que PIIa y PIB son simplemente fases evolutivas del mismo poblado y PIB, debido al importante incendio que arrasó buena parte del asentamiento, es el que ha permitido el reconocimiento más extenso de su urbanismo y viviendas. La nueva organización urbanística consiste en manzanas de casas rectangulares, alrededor de 60 en total, con las paredes medianiles comunes separadas por calles paralelas. Un modelo, por otra parte, único y diferente a los conocidos en otros ámbitos del NE. peninsular.

Las casas, de planta rectangular y construidas con adobes y postes intestados en el muro, ofrecen un modelo bastante normalizado con una división interna tripartita: vestíbulo, estancia central y despensa, que remite a la distribución de algunas casas del Bajo Aragón. No obstante existen algunas viviendas con sólo dos estancias o incluso un único espacio habitacio-

50 LÓPEZ, J. B. y GALLART, J. (2002): 129.

51 BELTRÁN, A. y ÁLVAREZ, A. (1986).

52 MALUQUER, DE MOTES, J. *et al.* (1990).

nal, aunque aparte de esto nada hace sospechar que se trate de estructuras no domésticas. Las viviendas ofrecen dimensiones variables y las más grandes tienen 18 m de longitud por 4 ó 5 m de anchura, lo que supone superficies en torno a los 80 m². El vestíbulo o zaguán está separado de la estancia principal por un tabique con puerta cerrada y pudo servir como almacén de aperos, en algunos casos la acumulación de materia orgánica en este sector podría indicar la existencia de altillos para almacenar forraje. La estancia principal está presidida por el hogar, en el centro, de forma generalmente cuadrangular o rectangular. Junto al hogar un pequeño poste revestido de barro serviría para colgar los lares. Por la pared izquierda corre un banco de adobe que serviría como aparador o vasar y también de asiento. En algunas viviendas los restos de estructuras ligeras y coprolitos de suídeos en un rincón de la estancia parecen indicar la instalación de pequeñas pocilgas o recintos para animales domésticos. El análisis de la distribución interna de los hogares, los bancos y las pocilgas o depósitos revela una gran normalización, con un patrón claro que prefiere los hogares en el centro, los bancos corridos en la pared izquierda y los depósitos en el ángulo derecho de la entrada a la estancia principal. Por último la despensa, que viene a ocupar aproximadamente una quinta parte de la superficie techada total, se encuentra al fondo de la vivienda separada de la estancia central por un tabique (Fig. 8c). Aquí se guardaba el grano en grandes recipientes cerámicos. Los hornos, presentes en gran número de casas, se situaban fuera de la vivienda junto a una de las paredes laterales.

Los suelos eran de tierra batida apisonada, a veces mezclada con yeso, y en algunas viviendas las paredes interiores enlucidas de barro se decoraban con temas geométricos pintados en rojo y negro. La gran anchura de algunas casas hace que para la cubierta se necesitaran postes centrales y la existencia de soportes más gruesos en las traseras de las viviendas hace suponer que la techumbre sería a una vertiente, aunque en las más grandes tampoco habría que desechar la cubrición a dos aguas. El análisis de los restos de postes de sustentación de Plla ha revelado el empleo de troncos de roble albar, encina, coscoja y pino carrasco. El envigado principal se recubriría con ramas y cañizos revestidos de barro, y no parece que se empleara una vigería de tirantes horizontales ni cielos rasos. Las puertas tenían una vigueta de umbral encajada en el suelo y formando cuerpo con el marco; en los extremos y fuera de su línea aparecen los agujeros de los pies derechos que sujetaban las hojas independientes y antepuestas al marco. No hay ningún dato sobre ventanas y si las hubo –cosa razonable para permitir la iluminación de las casas más largas– se realizaron a cierta altura a juzgar por el alzado conservado de algunos muros. Por último indicar que existe una estimación de los costes constructivos muy interesante⁵³, en la línea apuntada en la introducción. No conocemos los cementerios de las fases iniciales y medias. La necrópolis de La Atalaya⁵⁴ corresponde a la última ocupación del poblado.

Por lo que refiere a los enterramientos, en esta fase se extiende y generaliza la incineración aunque existan tradiciones regionales

diferenciadas⁵⁵. Los cementerios de esta etapa ofrecen una serie rasgos rituales compartidos y otros específicos de cada uno de ellos, como

53 MUNILLA, G. (1993).

54 MALUQUER DE MOTES, J. (1956).

55 RUIZ ZAPATERO, G. (2001): 271. LÓPEZ, J. B. y PONS, E. (1995). MAYA, J. L. (1978). ID. (1986). PONS i BRUN, E. (2001-a). ROVIRA, J. y CURA, M. (1989).

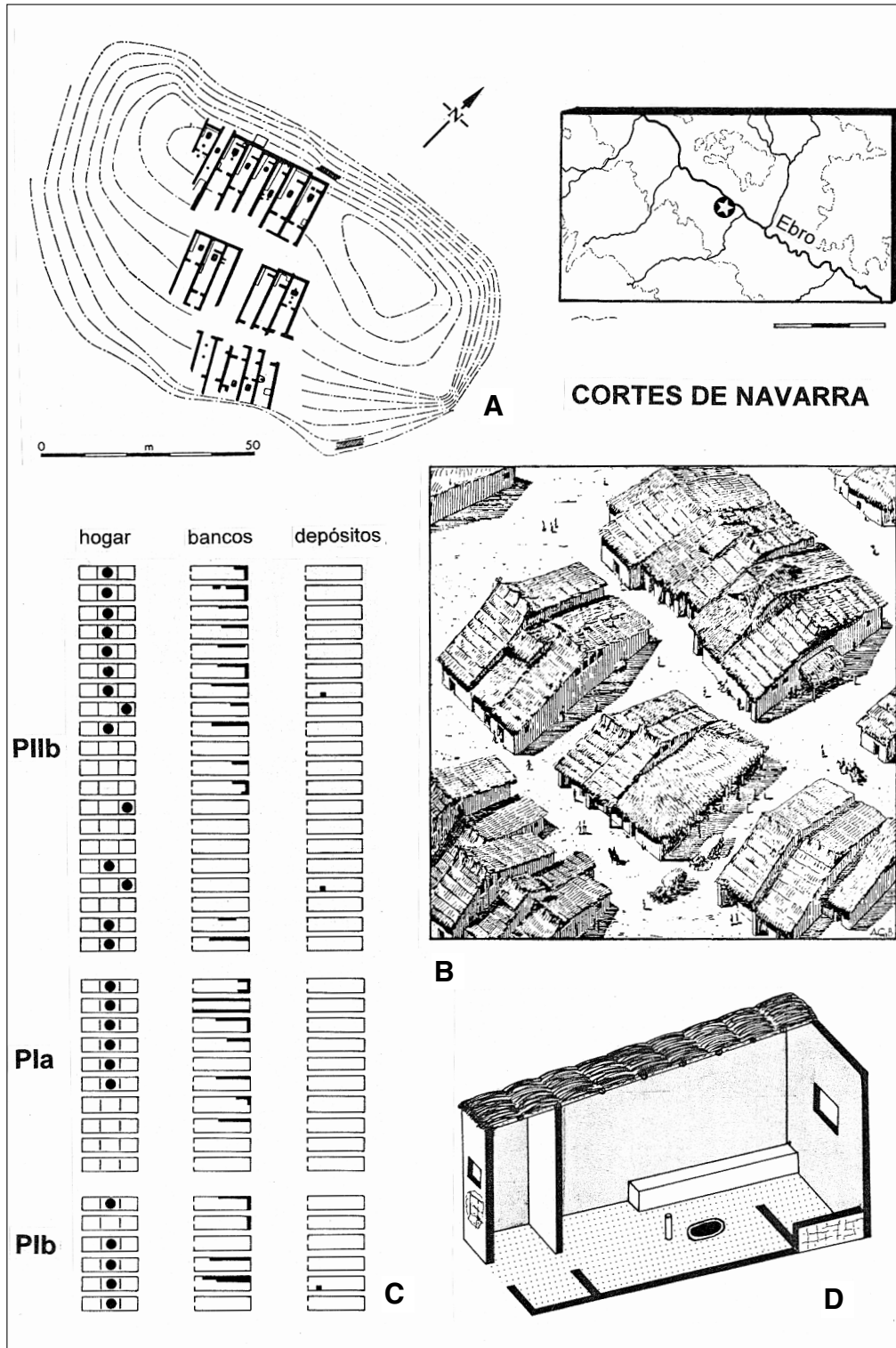


Fig. 8. Situación, planta del nivel PIIb del poblado de Cortes de Navarra, intento de reconstrucción de un barrio, posición de los hogares, los bancos y depósitos en una muestra de viviendas e intento de reconstrucción del tipo de casa con su organización interna. (A, según Maluquer 1954-58 y B, según García y Bellido 1985)

se ha señalado para el grupo del Cinca-Segre⁵⁶. Estas diferencias parecen indicar que la comunidad de cada asentamiento reivindica de esta manera unos rasgos culturales específicos, lo que modifica la imagen uniforme del periodo anterior y plantea –siguiendo a López y Gallart– que la dependencia social para la reproducción del sistema está perdiendo o ha perdido ya el carácter estructural de los Campos de Urnas Antiguos. Esa fractura social afecta también a la composición de cada comunidad en la medida que el estudio de necrópolis bien conocidas –Els Castellet de Mequinensa⁵⁷ o Roques de Sant Formatge⁵⁸– demuestra que han estado funcionando simultáneamente distintos sectores funerarios separados entre sí. Ese hecho sugiere que dentro de cada poblado habría grupos familiares que expresan así los vínculos que los unen, independientemente de que se traduzcan o no en un mayor o menor grado de autonomía económica colectiva⁵⁹.

La necrópolis tumular más ampliamente excavada del Bajo Segre es la de Roques de Sant Formatge⁶⁰. Se trata en realidad de un conjunto de campos de túmulos alrededor de un poblado que se emplazan en pequeñas alturas por debajo de la cota del poblado o en la parte alta de las laderas (Fig. 9). La evolución del cementerio puede establecerse de la siguiente manera⁶¹. La fase inicial (900-800 a.C.) está definida por urnas bitroncocónicas con decoración acanalada que se asocian a túmulos redondos con anillo de lajas hincadas y cistas pentagonales o cuadradas. Las tumbas de esta fase I se sitúan en el sector NO. del campo F y la zona central y oriental del campo G. La fase II (800-750 a.C.) supone el

momento de mayor actividad y desarrollo del cementerio. Los enterramientos se efectúan en urnas del tipo Can Missert III, siempre decoradas con acanalados, dentro de túmulos de planta circular con anillo de piedras horizontales o con zócalos y cistas cuadrangulares. Representa la plena utilización de los campos F y G y el inicio de los campos H e I. Por último, la fase Roques III (750-650 a.C.) se define por urnas globulares en las que se van perdiendo las típicas decoraciones acanaladas, parecen perdurar algunos túmulos circulares pero son características las estructuras tumulares de empedrado rectangulares y cuadrangulares sin cista aparente.

El número de estructuras funerarias es muy elevado: unas 200 en el sector F, 112 en el sector G, 20 en el sector H y sólo 6 en el sector N (Fig. 9). Muchas de ellas presentaban en las excavaciones de los años 1960 violaciones antiguas y modernas. Así el número de túmulos con urnas y/o ajuares bien identificados se reduce a 109. Los ajuares son en general muy pobres, y los que incluyen elementos metálicos muy escasos, apenas 14 sepulturas, lo que supone solamente el 12,8% del total de enterramientos bien identificados (Fig. 10). Los objetos amortizados en las tumbas se reducen a brazaletes lisos y anillos de bronce con ausencia total de hierro. Es significativo que de los enterramientos de la fase I, la más antigua, ninguno presenta ajuar metálico. De los datables en la fase II sólo uno (F-4) ofrecía un brazalete de bronce y otro (G-232-4) contenía un anillo de bronce. Del conjunto que no puede ser adscrito a una fase concreta apenas pueden añadirse algunos casos más con sólo brazaletes o brazaletes más

56 LÓPEZ, J. B. y GALLART, J. (2002): 133.

57 ROYO, J. I. (1994). ID. (1994-96).

58 PITA, R. y DíEZ CORONEL, L. (1968).

59 LÓPEZ, J. B. y GALLART, J. (2003): 133.

60 PITA, R. y DíEZ CORONEL, L. (1968).

61 RUIZ ZAPATERO, G. (1983-85).

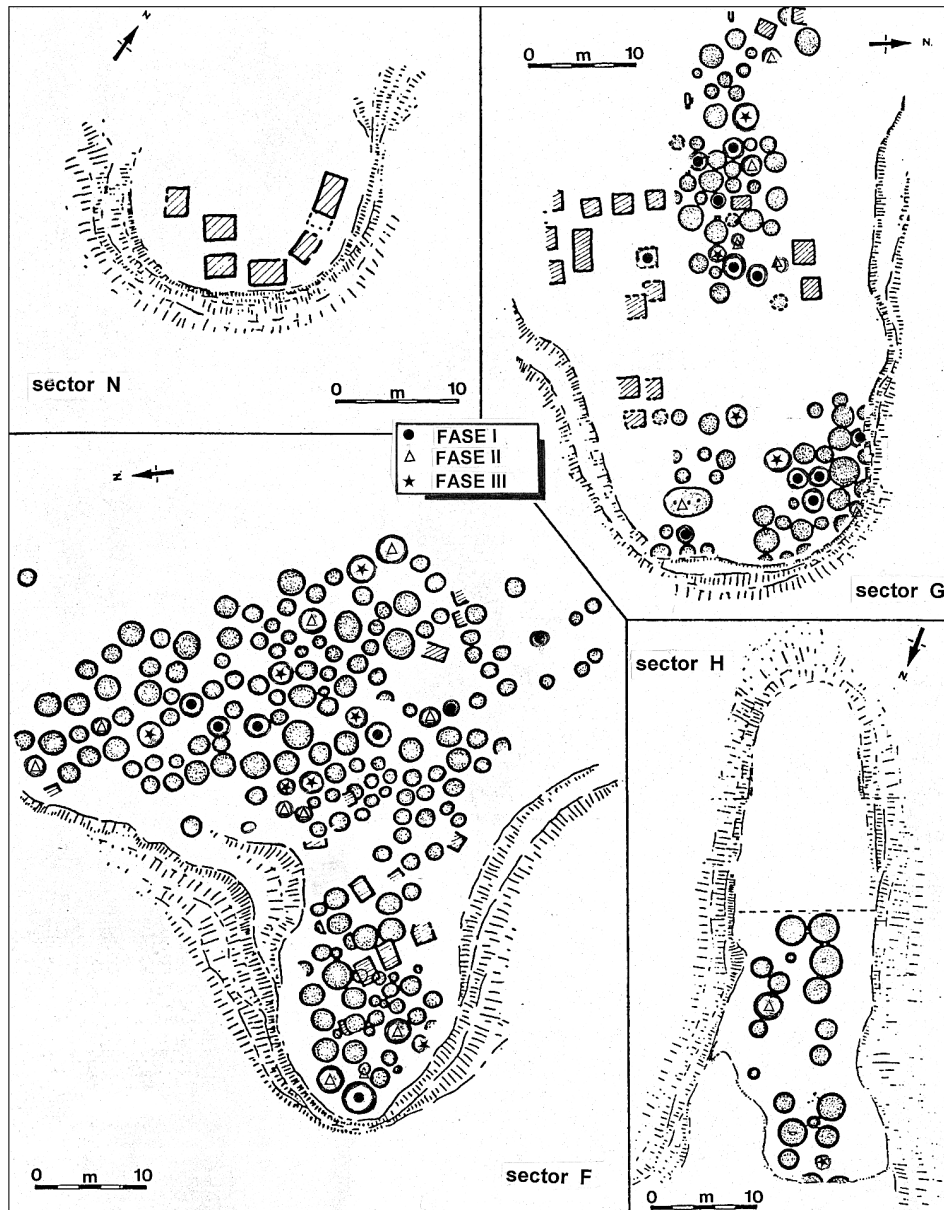


Fig. 9. Estructuras tumulares de la necrópolis de Roques de Sant Formatge (según Pita y Díez Coronel 1968 redibujado)

anillos (F-89 y G-298). De lo valioso del metal *verde*, además de su escasísima presencia, puede dar cuenta el hecho de que como elementos de ajuar se entierran piezas líticas y en varios casos el metal se asocia a industria lítica (F-57 y F-58). La misma asociación en un túmulo de planta rectangular (F-49) sugiere que el valor del instrumental lítico, equiparado en cierto modo al metálico, y el

alto valor del bronce se mantiene hasta época tardía en la vida del cementerio. Por si quedara alguna duda acerca de la significación de los elementos líticos es revelador que incluso en dos tumbas (F-60 y F-102) se dispusieron cuidadosamente dos hachas pulimentadas con indudable carácter votivo aunque desconocamos las claves concretas de su significado en estas sepulturas.

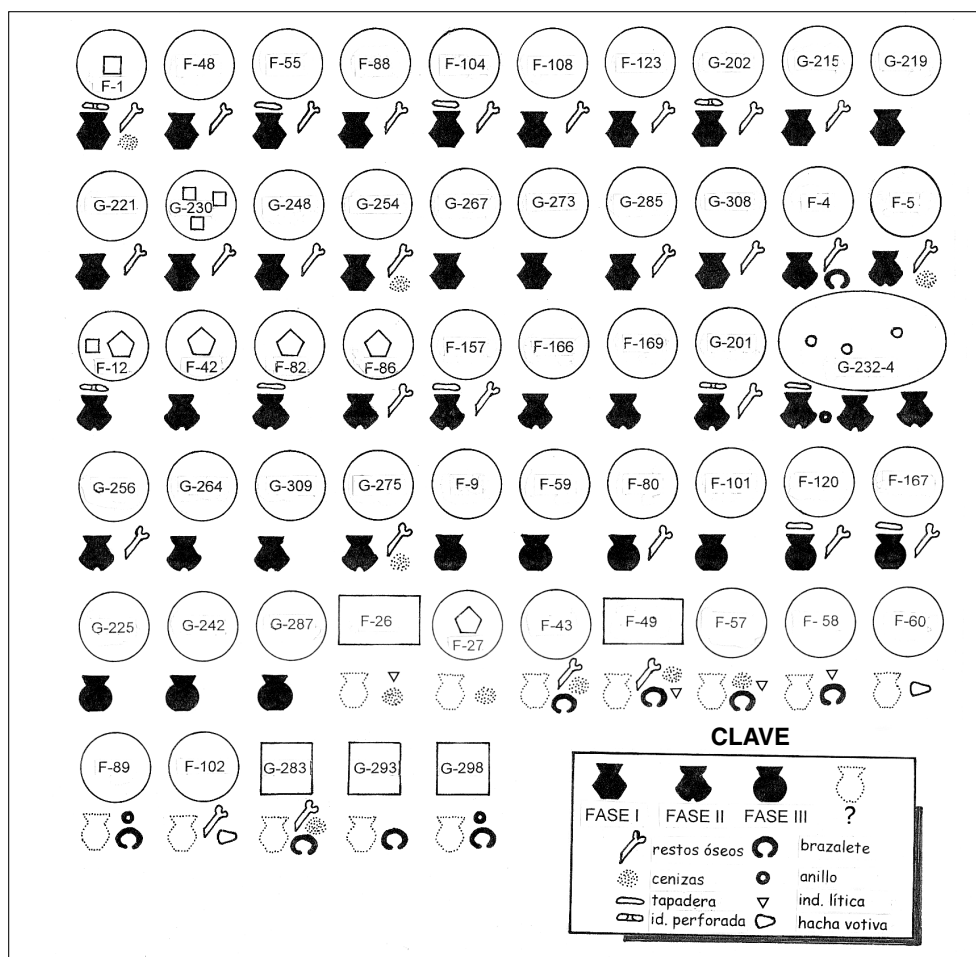


Fig. 10. Ajueres más significativos de las tumbas de los campos F y G de Roques de Sant Formatge con indicación del tipo de estructura tumular y presencia o no de cista/s

En el Bajo Aragón se conocen bastantes necrópolis tumulares bien relacionadas con poblados pero los ajueres funerarios en ocasiones han sufrido expolios y en otros casos han entregado ajueres funerarios más bien pobres⁶². En La Loma de los Brunos⁶³, nos encontramos con un típico poblado de calle central con dos “barrios” y en un espolón a poca distancia y a menor altura un cementerio con restos de 18 túmulos, dos separados del resto en un promontorio a unos 150 m al

Norte de la acrópolis (Fig. 11). Los túmulos son todos de planta circular excepto uno cuadrangular y deben cubrir un arco temporal desde mediados del s. IX al s. VI a.C.⁶⁴. Los ajueres son pobres y con pocos objetos metálicos, para tener una idea en el túmulo 10, circular con cista excéntrica de gran tamaño se recuperaron un vasito globular, una cuenta de collar lítica y fragmentos de dos fíbulas, una de bronce y otra de hierro. Pero sin duda es el cementerio del Coll del Moro de Gandesa

62 RUIZ ZAPATERO, G. (1983-85). EIROA, J. J. (1982): 24-39; 156 y ss.

63 EIROA, J. J. (1982). EIROA, J. J. y BACHILLER, J. A. (1985).

64 EIROA, J. J. (1982): 38.

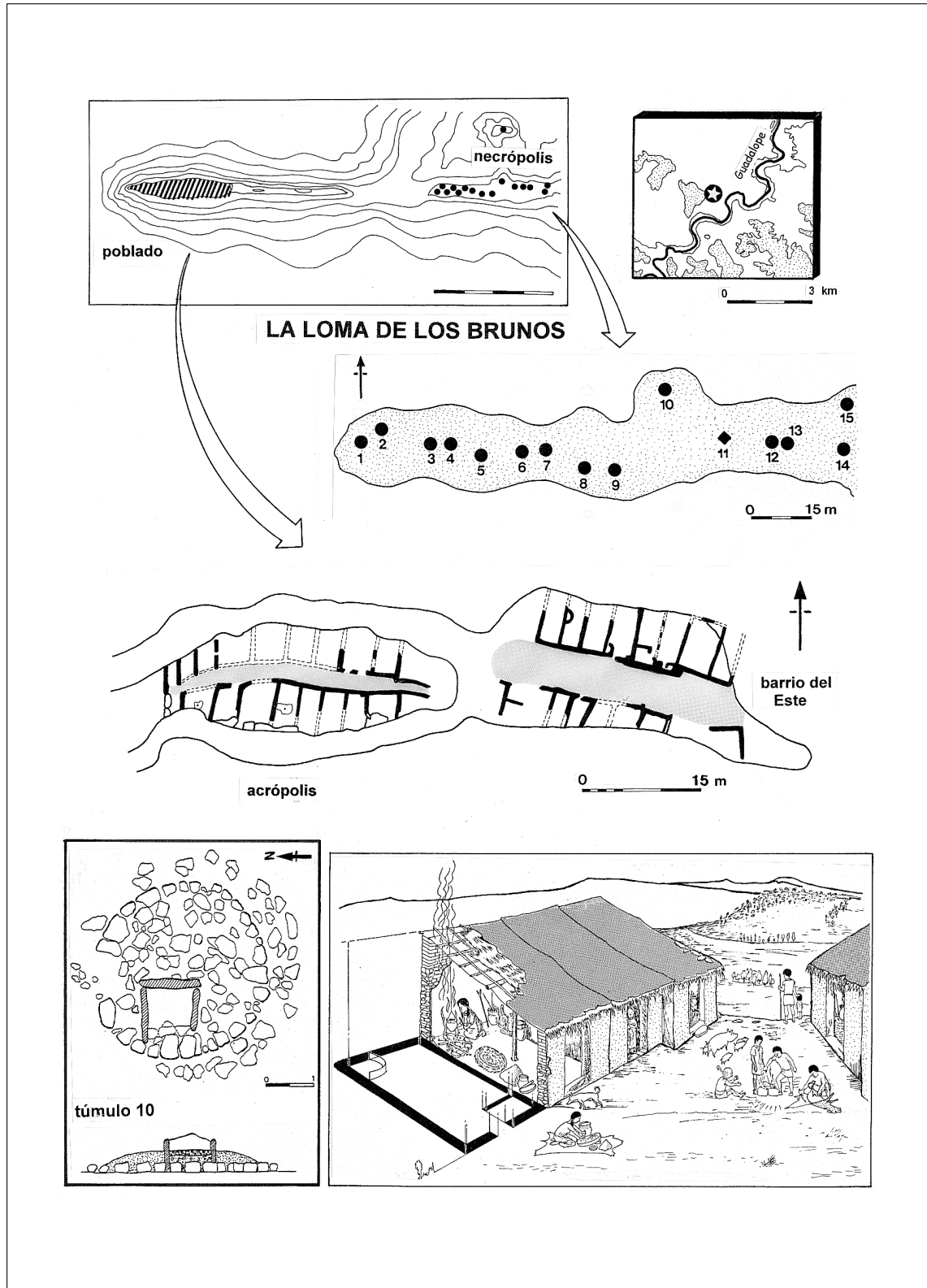


Fig. 11. Poblado y necrópolis de La Loma de los Brunos. Detalle del túmulo 10 e intento de reconstrucción de una zona del poblado (según Eiroa 1982 y Eiroa y Bachiller 1985 redibujado)

(Tarragona) el que ofrece la posibilidad de un interesante análisis evolutivo y aún sociológico.

La necrópolis del Coll del Moro se encuentra a unos 6 km al Oeste de Gandesa en la comarca de la Terra Alta, en una zona de paso obligado desde la costa al interior, ya que el Ebro se encaja profundamente a la altura de Mora y es preciso tomar la depresión de Bot para seguir tierra adentro⁶⁵. Por otro lado la zona es una encrucijada natural de caminos, que por el Este llevan a la costa siguiendo aguas abajo del Ebro, por el Norte conducen a la desembocadura del Segre y por el Oeste a la cuenca del Matarranya-Algas y más allá hacia la Meseta⁶⁶.

Se conocen tres sectores del cementerio separados entre sí por algunos centenares de metros, lo que evidencia la falta de una concepción unitaria –al menos espacialmente– del área funeraria y tal vez exprese la existencia de distintos grupos sociales dentro de una misma comunidad. Esta estructuración del cementerio es por otro lado bien conocida en el Valle del Segre y el Bajo Aragón. Aún admitiendo, como todo parece apuntar, una sola comunidad, el posible poblado el asentamiento del Coll del Moro, muy próximo a dos sectores de la necrópolis, sólo parece tener una ocupación ibérica, aunque no es descartable que por debajo de los niveles ibéricos pueda existir una ocupación anterior relacionable con el cementerio. Los tres sectores conocidos, Teuler (ca. 1900 m²), Calars (ca. 800 m²) y Les Maries (ca. 3600 m²) ofrecen un desigual número de enterramientos aunque, en líneas generales, los tres siguen la misma dinámica funeraria (Fig. 12).

Las costumbres funerarias⁶⁷ se presentan en el Coll del Moro bajo el signo de la diver-

sidad, a lo largo del tiempo y dentro de las mismas fases de utilización del cementerio.

Se han diferenciado cuatro fases que se suceden entre aproximadamente el 800 y cerca del 500 a.C. y seis tipos de tumbas: 1, túmulo con cista de planta circular; 2, estructuras secundarias de tipo tumular; 3, estructuras tumulares de planta rectangular; 4, estructuras tumulares de planta cuadrada; 5, enterramientos en fosa con estructura tumular y 6, *loculi* o simples incineraciones en hoyo sin estructura tumular aparente. La secuencia general puede resumirse de la siguiente manera:

- Fase Ia (800-725 a.C.): sólo se ocupan los sectores Calars y Teuler con un número pequeño de enterramientos, lo que debe indicar una comunidad inicial poco numerosa. Los enterramientos son mayoritariamente del tipo 5 aunque aparecen los tipos 1 y 3. Los ajuares se reducen a la urna cineraria del tipo Les Obagues-Molá I y sólo al final se incluyen, en algún caso, brazaletes de bronce.
- Fase Ib (725-650 a.C.): siguen en uso exclusivamente los dos sectores anteriores y persisten los mismos tipos de estructuras funerarias a las que hay sumar el inicio de los enterramientos en *loculus* sin túmulo. Parece consolidarse la costumbre de cremar al difunto con sus brazaletes y a mediados de esta fase empiezan a encontrarse vasos de ofrenda acompañando a las urnas cinerarias de forma globular. La población debió seguir siendo reducida, aunque a juzgar por la gráfica de enterramientos fechados pudo iniciarse un moderado crecimiento. En general puede hablarse de continuidad en los rasgos funerarios de esta fase y la anterior.

65 RAFEL, N. (1989). ID. (1991). RAFEL, N. Y HERNÁNDEZ, G. (1992).

66 GENERA, M. (1995).

67 RAFEL, N. Y HERNÁNDEZ, G. (1992).

- Fase II (650-600/575): se producen una serie de cambios importantes, por un lado se ocupa un nuevo sector (Maries), crece el número de enterramientos, se incorporan por primera vez las tumbas de tipo 2 y 4 –esta fase ofrece la mayor variabilidad estructural de sepulturas–, se introduce la incineración primaria, la señalización de tumbas mediante cipos y estelas y aparecen las primeras cerámicas fenicias, los primeros objetos de hierro y nuevos adornos de bronce como consecuencia del impacto colonial costero. Muy probablemente todas estas novedades están traduciendo, al menos en parte, las transformaciones sociales desencadenadas por el contacto colonial fenicio y la sugerencia de Rafel de que el nuevo sector funerario de Maries está acogiendo a las elites que controlaban el comercio colonial –porque allí se concentran los túmulos de mayor tamaño, la señalización de ciertas tumbas y los ajuares con productos importados– parece muy plausible (Fig. 13).
- Fase III (600/575-500 a.C.): los tres sectores del cementerio continúan en uso y el número de enterramientos parece crecer. Hacia mediados del s. VI a.C. desaparecen dos tipos de enterramiento de larga tradición en la necrópolis, el 1 y 2, sólo perduran los empedrados tumuliformes cuadrangulares, y en general los túmulos ceden el paso a los enterramientos en *loculi* sin superestructura que pasan ahora a ser el tipo de sepultura mayoritario. En los ajuares hay que destacar las cerámicas a torno que imitan o derivan de prototipos fenicios, las primeras producciones ibéricas y la diversificación de los elementos de adorno personal

que incluyen ahora, además de los de etapas anteriores, torques, fíbulas y broches de cinturón.

A lo largo de las tres centurias de ocupación del cementerio del Coll del Moro se puede entrever con bastante claridad el paso de la sociedad tradicional de Campos de Urnas del Bronce Final (Fases Ia y Ib) a una sociedad en transformación del Hierro I con los primeros contactos coloniales (Fase II) y por último la emergencia de la nueva sociedad ibérica en la segunda mitad del s. VI a.C. en la Fase III.

Otro cementerio clave es Molá. Esta necrópolis del Bajo Ebro se conoce por excavaciones antiguas⁶⁸ y ofrece una excelente documentación que ha permitido una buena reinterpretación reciente⁶⁹. Se identificaron 176 tumbas en un área relativamente pequeña y parecen reconocerse dos fases de utilización: Molá I (ca. 800-700 a.C.) con urnas bicónicas decoradas con acanalados y asociadas brazaletes decorados, algunos torques y una fibula de pivotes, y Molá II (ca. 700-600 a.C.), con urnas bicónicas y globulares lisas con pies marcados que se vinculan a torques, brazaletes lisos, cadenitas, colgantes y fíbulas de doble resorte⁷⁰.

Las tumbas son de tres tipos: 1) en hoyo simple (92%), 2) en hoyo con protección sencilla (6%) y 3) en hoyo con protección compleja de estructuras pétreas (2%). Siguiendo la propuesta de Castro⁷¹ no parece existir correlación entre los tipos de tumba y los ajuares metálicos, pero si tenemos en cuenta que dos tercios de los enterramientos no contenían objetos metálicos, parece razonable asumir que éstos reflejan, de alguna manera, la capa-

68 VILASECA, S. (1943).

69 CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1994).

70 RUIZ ZAPATERO, G. (2001): 280-281.

71 CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1994).

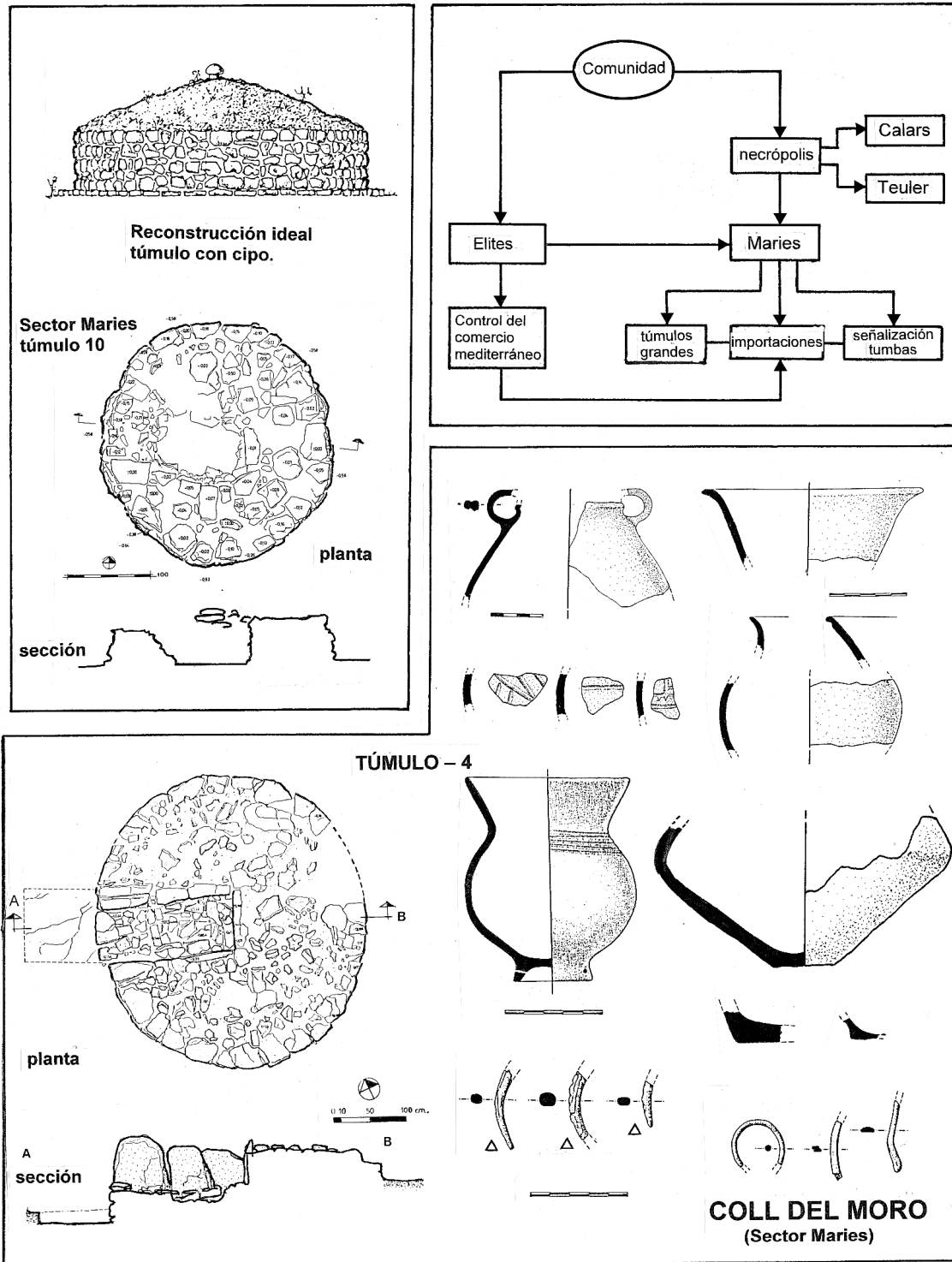
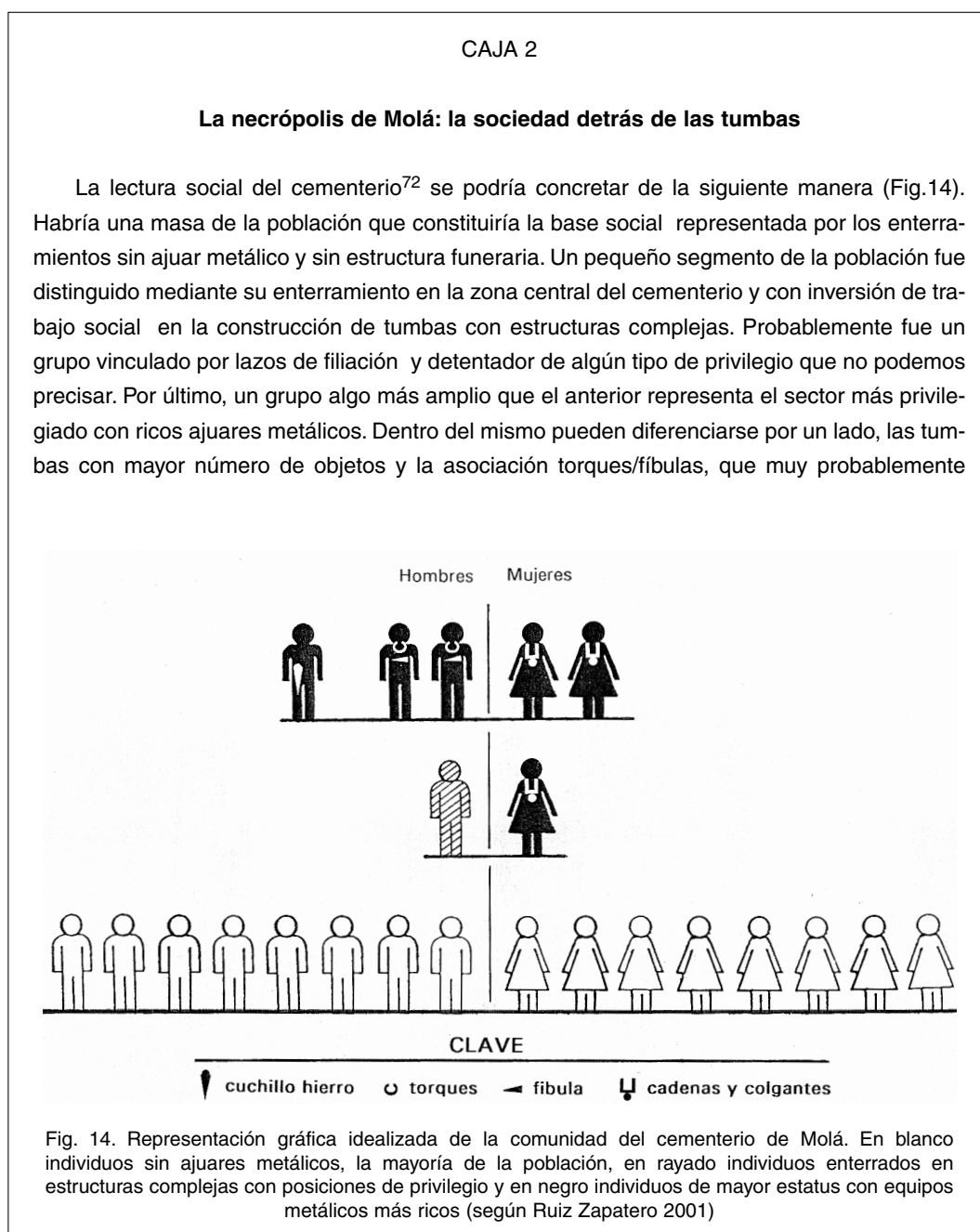


Fig. 13. Túmulos 4 y 10 de El Coll del Moro (Sector Maries) y diagrama de los grupos de elite y los sectores del cementerio (plantas y materiales según Rafel 1989 y 1991)

cidad de acumular *riqueza*. Así los equipos metálicos sirven –junto a la disposición espacial de las sepulturas– para identificar las diferencias sociales de la población enterrada.

Aunque vale la pena retener el hecho de que la deposición de metal es relativamente pequeña, las tumbas más ricas de Molá apenas rebasan los 200 gr. de bronce amortizado.



72 CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1994).

corresponderían a varones y por otro lado, las tumbas con la asociación de cadenas/colgantes que bien podrían corresponder a mujeres. Alguna preeminencia especial debieron tener también las pocas sepulturas que sólo incluían cuchillos de hierro, muy probablemente importaciones de las áreas costeras o sino de las primeras y hay que suponer escasas producciones locales del nuevo metal.

Además de una lectura del uso espacial del área funeraria según un modelo concéntrico, con los enterramientos más antiguos en el centro y una expansión posterior hacia la periferia, parece también detectarse una delimitación de áreas con el emplazamiento preferencial de ciertos tipos de enterramientos⁷³. Así el grupo privilegiado del área central, la aparente concentración de enterramientos masculinos en el cuadrante noreste y de femeninos en el noroeste o las posiciones periféricas y diferenciadas de las tumbas con cuchillos de hierro. Estas asimetrías funerarias están marcando un evidente proceso de diferenciación social que pudo estar ligado en el caso de la comunidad de Molá al control y acceso diferencial a los productos metálicos.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

La necrópolis de Molá nos ha puesto en contacto con el nuevo mundo que se va configurando a lo largo de la segunda mitad del s. VII a.C., gracias a –entre otros factores– los contactos coloniales mediterráneos, y que terminará desembocando en las sociedades ibéricas antiguas en el cuadrante NE. y otros grupos diferenciados en el Alto y Medio Ebro.

Se ha propuesto que en las necrópolis del Hierro de las áreas orientales de Cataluña los ajuares que contienen objetos de hierro son importantes cuantitativa y cualitativamente y ha llevado a definir una escala social de la población enterrada⁷⁴. Así parece, siguiendo el análisis de Pons⁷⁵, que la base social de las comunidades, alrededor del 75 % de la población, estaría representada por tumbas individuales con apenas ajuar; un segundo grupo de

tumbas contiene un ajuar metálico, con muchos elementos de hierro, en el que se incluyen herramientas e instrumentos que podrían estar denotando a mercaderes, artesanos y metalurgos y por último, un tercer grupo de enterramientos muy reducido, con armas entre otros elementos, que corresponderían a la elites sociales. Existen argumentos para defender la importancia del caballo como animal de montura vinculado a las elites de este momento⁷⁶. Los hallazgos de bridas y frenos, como en Vallfogona de Balaguer⁷⁷, y de inhumaciones de équidos en varios sitios entre ellos la fortaleza de Els Vilars d'Arbeca, en el Segre⁷⁸ dejan pocas dudas al respecto.

Los intercambios con los agentes fenicios en las costas del NE. peninsular proporcionan la posibilidad de que aparezcan pequeñas “comunidades de paso” que articulan las transacciones de importaciones fenicias con materias primas y productos indígenas⁷⁹. Ese

73 CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1994): 119.

74 PONS i BRUN, E. y ESTEBA, J. (e. p.).

75 PONS i BRUN, E. (2003): 122.

76 GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÓRICA (2003): 260-264.

77 GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÓRICA (2003): 259.

78 GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÓRICA (2003): 260-261.

79 RUIZ ZAPATERO, G. (1984). ID. (1992).

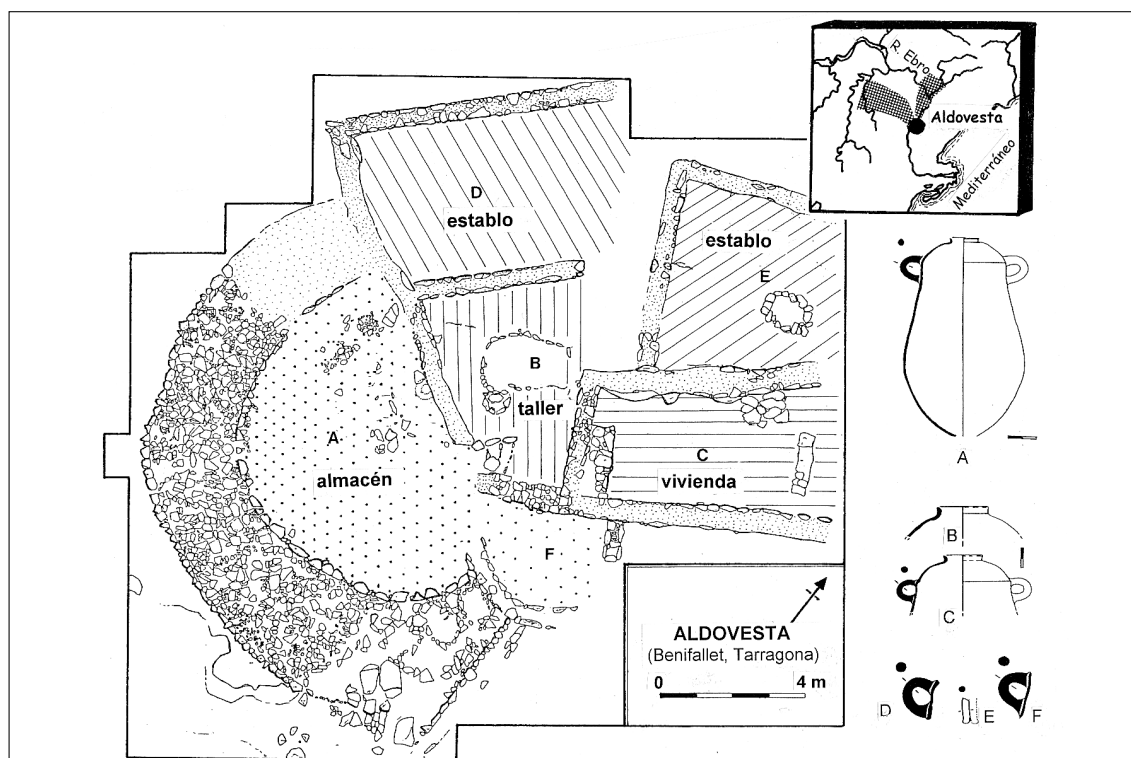


Fig. 15. Situación, planta del enclave distribuidor de Aldovesta y restos anfóricos fenicios (A-F) de su almacén (según Mascort, Sanmartí y Santacana 1989, redibujado)

es el caso de Aldovesta (Benifallet, Tarragona)⁸⁰ en las comarcas del Bajo Ebro (Fig. 15). El enclave de Aldovesta se alza en el extremo de un pequeño cerro netamente delimitado por un meandro del Ebro a unos 15 km río arriba de Tortosa, en un punto clave para el control del comercio fluvial y para acceder a las comarcas tarraconenses de la margen izquierda y, cruzando el río, para alcanzar el Bajo Aragón⁸¹. El conjunto constructivo descubierto cuenta con varios recintos que forman un único edificio de unos 200 m² de superficie. El recinto A es un gran almacén de planta semicircular y en su interior se hallaron más de un centenar de ánforas fenicias, la mayoría Vuillemot R-1, unos pocos recipientes indígenas de gran tamaño y muy pocas cerámicas de pequeñas dimensiones. Los

departamentos del sector oriental son de planta cuadrangular y de ellos el C con seguridad y el B probablemente se utilizaron como viviendas. El departamento B pudo ser al mismo tiempo un taller metalúrgico ya que deparó un buen lote de bronce –cadenas, anillas, brazaletes, puntas de flecha, algún botón y un hacha de cubo junto a virutas y láminas de bronce–. Además, apareció un molde de piedra para fundir varillas y algunos fragmentos de hierro. Por último, los recintos D y E parece que no estuvieron techados y por los restos de fauna bien pudieron ser establos o corrales o simples patios abiertos.

Aldovesta se diferencia claramente de cualquier hábitat indígena de la zona por el tipo de asentamiento –pequeño y con una peculiar organización de ámbitos funcionales

80 MASCORT, M. T. *et al.* (1991).

81 ASENSIO VILARÓ, D. *et al.* (1994-96).

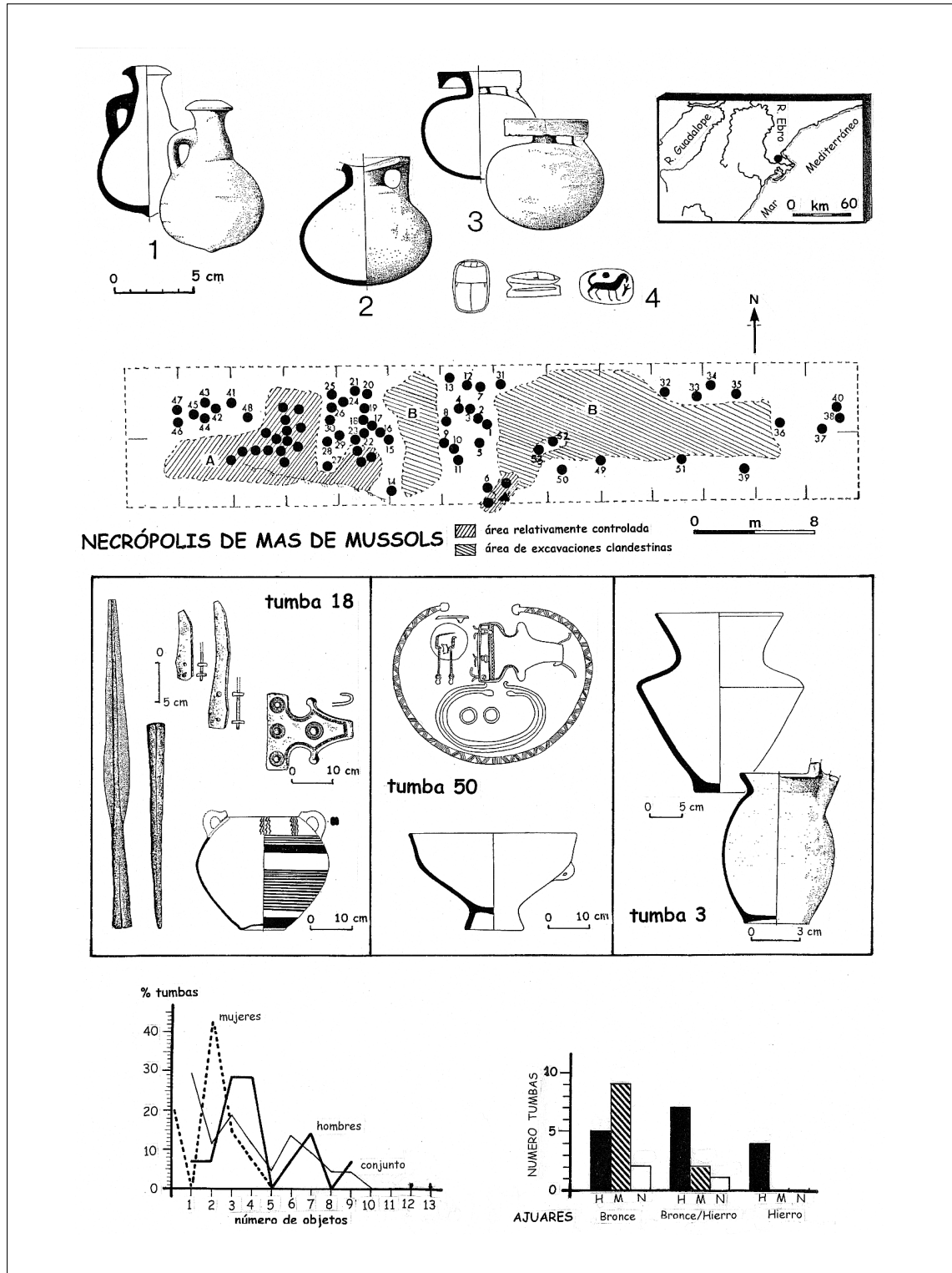


Fig. 16. Necrópolis de Mas de Mussols: situación, 1 a 4 importaciones fenicias, planta del cementerio, ajuares de las tumbas 18, 50 y 3. Estimación de la distribución del número de objetos por tumba, masculinas, femeninas y conjunto y número de tumbas por sexo (hombre, mujer, niño) asociadas a ajuares de bronce, de bronce/hierro y sólo de hierro. (Planta y materiales arqueológicos según Maluquer 1984)

distintos— y por la gran concentración de cerámicas fenicias (el 57% del total de recipientes cerámicos). El enclave debió construirse poco después del 650 a.C. y debió funcionar durante dos/tres generaciones hasta algún momento alrededor del 575 a.C., desocupándose antes de la aparición de las primeras cerámicas ibéricas y coincidiendo significativamente con la retirada del comercio fenicio de las costas del NE. peninsular. El pequeño grupo indígena de comerciantes que descubrió la posición estratégica del lugar vivió allí centralizando las importaciones de la costa, especialmente el vino y tal vez también aceite o salazones, y redistribuyendo estas mercancías por las comarcas limítrofes. Otros productos distribuidos fueron vajilla de mesa, escarabeos y escaraboides egipcios, hierro y fibulas de doble resorte y probablemente mercancías de difícil preservación como perfumes y telas, estas últimas relacionadas con las fibulas. La propia diferenciación del hábitat de Aldovesta abre las puertas a un periodo en el que las viviendas dejarán de ser uniformes, como en las etapas consideradas anteriormente. Y por otro lado, la diversidad de productos coloniales permitirá un comercio de “bienes de prestigio” que profundizará las divisiones sociales.

Algunos ejemplos sirven para ilustrar los nuevos aires que soplan del Mediterráneo, como Mas de Mussols⁸². El cementerio de Mas de Mussols se encuentra en la desembocadura del Ebro, emplazado en la primera terraza de su orilla izquierda a pocos kilómetros de la costa. Se trata de una zona con numerosas importaciones fenicias que atestiguan la presencia de colonos mediterráneos y su interés por los recursos de la región.

La necrópolis, muy afectada por las labores agrícolas, debió constar —según su excavador— de más de 150 tumbas, a pesar de que

sólo se llegaron a identificar y recuperar 53. A los ajuares de estos enterramientos hay que sumar los procedentes de tumbas removidas del sector A del cementerio (Fig.16). La distribución de las tumbas muestra áreas vacías junto a otras con una alta densidad de enterramientos. En general las tumbas ofrecen características bastante homogéneas: enterramientos en hoyo, con urna y tapadera y algunas veces con vasos de ofrenda, los huesos seleccionados y lavados y parte del ajuar dentro de la urna y por arriba y alrededor de ésta, tierra con cenizas y el resto del ajuar, muy posiblemente recogidos después de la cremación. De ello puede deducirse que la incineración no se realizaba en el propio cementerio y que los restos del difunto eran trasladados desde algún punto, tal vez próximo, donde estarían los *ustrina*.

El análisis de los ajuares funerarios muestra que un 17% de las tumbas carecían de ajuar —algún caso pudo ser como consecuencia de las remociones modernas pero en otros se comprobó la efectiva ausencia de ofrendas— mientras el resto ofrece diferencias significativas. Por un lado una simple cuantificación del número de elementos depositados en los enterramientos indica que un alto porcentaje, cerca del 30%, tenían un solo elemento de ajuar, otro grupo importante contaba entre 2 y 4 objetos y luego hay una gradación descendente de las tumbas con 6 a 10 elementos. Las más *ricas* tenían 12 y 13 objetos, todo ello con las reservas debidas por la dificultad de deducir el número de objetos a partir de restos muy fragmentados en ocasiones. Por otra parte la atribución de sexo, basada en la composición de los ajuares y, por tanto, sólo orientativa, arroja los siguientes valores: hombres: 14 y mujeres: 14, a lo que hay que sumar 3 niños, quedando el resto sin deter-

82 MALUQUER DE MOTES, J. (1984).

minación. Las tumbas masculinas están caracterizadas por la presencia de armas, especialmente puntas de lanza, regatones y cuchillos que constituyen la panoplia más frecuente (Fig. 16: T-18); mientras que las femeninas incluirían torques, colgantes, brazaletes, algunas fusayolas y en ningún caso armas (Fig. 16: T-50). Fíbulas y broches de cinturón aparecen indistintamente en unas y otras. La distribución de los elementos metálicos revela una fuerte concentración en las tumbas masculinas, así los ajuares de hierro fundamentalmente empleados en armas, son privativos de los hombres mientras que el bronce, especialmente utilizado en objetos de adorno, es mayoritario en las tumbas femeninas. Volviendo a la cuantificación de *riqueza* es interesante hacer notar que los enterramientos femeninos ofrecen mayoritariamente equipos pobres sin elementos de ajuar o simplemente con dos (un 40 %) o tres objetos y por otro lado muy pocas tumbas *ricas*, sólo dos superan los 10 elementos. Por el contrario los enterramientos masculinos tienden a unos valores más altos con dos agrupaciones, una entre dos y cuatro objetos y otra entre seis y nueve.

La posibilidad de comprobar que el número de objetos debe estar relacionado con la *riqueza* de los individuos enterrados lo proporciona el hecho de que un *arybalos* griego, una imitación de este vaso y una botellita fenicia aparecieron juntos, aunque en una tumba alterada, y parece probable que esa tumba además contuviera una urna de orejetas, un broche de cinturón de tres garfios, un anillo griego y varios escarabeos egipcios. ¿Fue todo ello el rico ajuar de alguna mujer de alto estatus? Es muy posible que así fuera.

La proporción estimada de hombres/mujeres representa, en principio, un equilibrio de

población que puede traducir bien las defunciones reales de dos generaciones ya que el cementerio parece tener una ocupación corta de unos 50 años o poco más.

Las cerámicas de importación citadas, el conjunto de escarabeos, los elementos metálicos y la tipología de las urnas llevan a fechar el momento central de la necrópolis en torno al final del primer tercio del s. VI a.C. y en opinión de Maluquer su amplitud real podría situarse entre 580 y 530 a.C. En aquella época la comunidad de Mas de Mussols estaba sosteniendo relaciones importantes con los agentes coloniales fenicios, acentuando las diferencias sociales y desarrollando una organización en la que los equipos con armas dejan traslucir el peso de los “guerreros”. El cementerio representa el final del “viejo orden” del Bronce Final y la emergencia de un mundo nuevo, el ibérico, con raíces en aquél pero con la aparición de nuevos factores: una economía excedentaria, un comercio interregional y nuevas formas de organización social y política.

En Granja Soley (Sta. Perpetua de Mogoda, Barcelona) se halló de forma casual, en el curso de unas obras, una tumba de incineración con un rico ajuar de esa nueva clase de “guerreros”⁸³ (Sanmartí, Barbera y Costa 1982). Parece que el enterramiento se realizó en un simple *loculus* excavado en la tierra en cuyo interior se dispusieron las cenizas del difunto y los elementos de ajuar, además de algunos restos de jabalí como ofrenda ritual. El ajuar estaba constituido por un lote cerámico de cuatro vasos, una tapadera y un plato a mano, más tres vasos bicónicos, dos *oenochoes* y una urna de orejetas, todo ello a torno. El equipo metálico incluía: cuatro puntas de lanza y tres regatones, en hierro, y tres puntas de flecha, restos de un casco, dos broches de

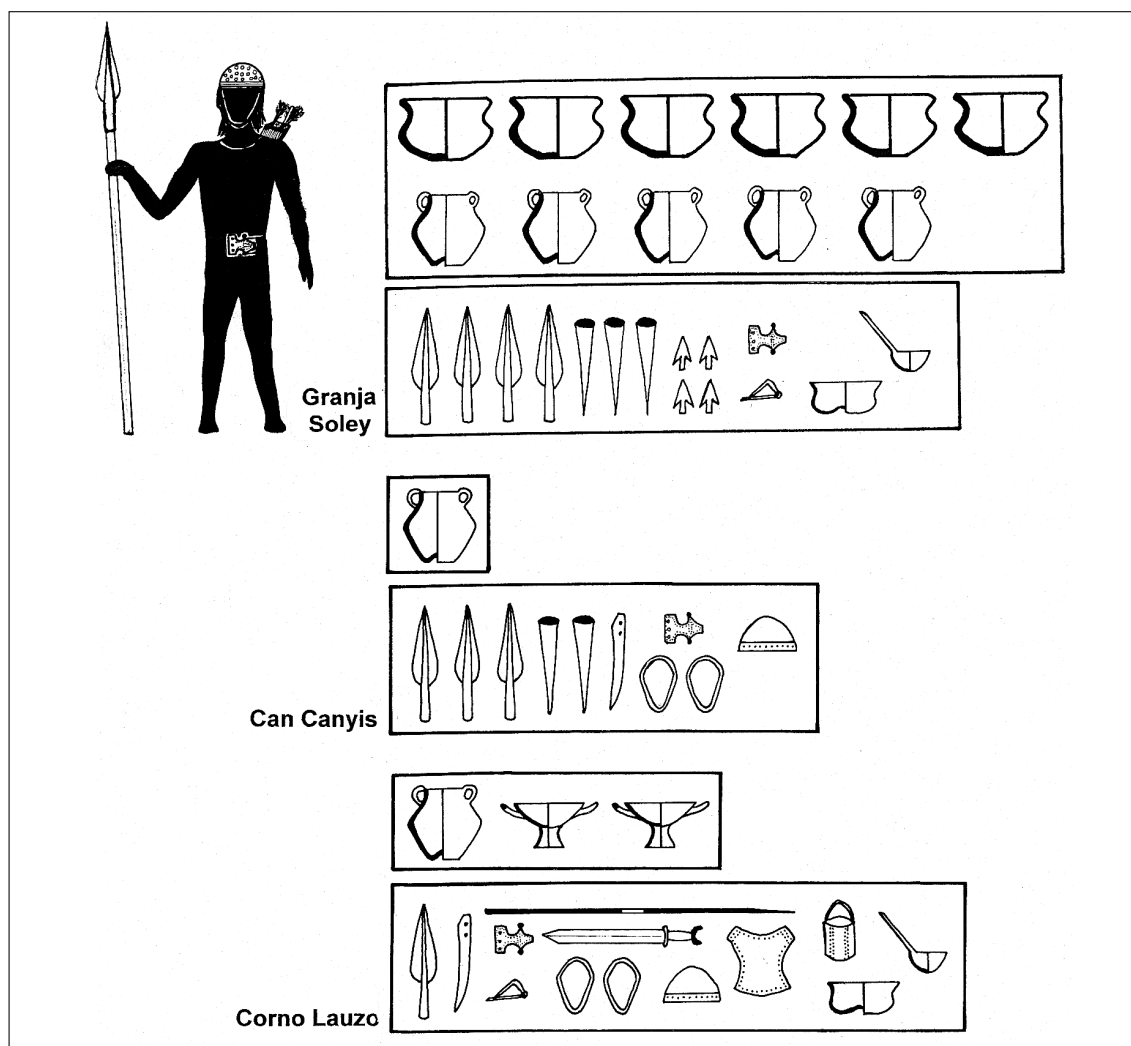


Fig. 17. Equipos de "guerrero" (tumbas con armas): cerámicas y ajuar metálicos de tumbas del Horizonte Ibérico Antiguo de Granja Soley, Can Canyis y Corno Lauzo

cinturón de uno y dos garfios, un fragmento de fíbula, dos anillas y un brazaletes en bronce como elementos personales y por último, fragmentos de un *simpulum*, un recipiente y un asa de cinta en bronce como equipo ritual. La tumba se ha fechado en torno a mediados del s. VI a.C. en un momento relativamente temprano del horizonte paleoibérico. Los restos de la incineración han permitido determinar que se trataba de un individuo joven de menos de 20 años de edad, sin posibilidad de

identificación sexual; aunque parece razonable atribuirlos a un varón por el ajuar metálico. El enterramiento debió ser aislado, de un joven guerrero, tal vez resultado de una muerte accidental en el curso de un desplazamiento de su grupo, tal y como han sugerido sus excavadores, o con algún contenido simbólico que se nos escapa. No sería el único caso de una tumba de guerrero aislada ya que al menos en Corno Lauzo, en el Languedoc, los Taffanel⁸⁴ hallaron una tumba similar con

84 LOUIS, M. *et al.* (1960).

vasos de importación y un rico ajuar armamentístico. Aunque no aislada la llamada “tumba del guerrero” de la necrópolis de Can Canyis (Tarragona) ofrece también un buen equipo militar⁸⁵. Una comparación elemental de los ajuares de las tumbas citadas (Fig. 17) presenta fuertes similitudes y debe estar traduciendo la emergencia de una sociedad en la que la guerra y el conflicto van ganando terreno, en la que empiezan a sobresalir individuos por su condición de buenos guerreros. Tal vez la especial consideración de estas personas pueda colegirse del carácter aislado de las tumbas de Granja Soley y Corno Lauzo y en la presencia de recipientes bronceos y *simpula* para libaciones rituales. Todo ello en un momento, la segunda mitad del s. VI a.C., en la que parece existir una fuerte homogeneidad cultural desde el Norte del País Valenciano hasta el Herault, que como bien ha señalado E. Sanmartí debe estar reflejando una expansión rápida de ideas, usos y costumbres de Norte a Sur y de Sur a Norte. De los últimos campesinos pacíficos de Campos de Urnas hemos pasado a un nuevo orden, la sociedad paleoibérica con cambios socioeconómicos profundos y la presencia cotidiana de la clase de los guerreros.

REFLEXIONES FINALES

La denominada “arqueología de la muerte” surgió con el procesualismo de los años 1970, recibió las críticas escépticas del postprocesualismo a partir de la década de 1980 y del materialismo histórico, este último con formulaciones interesantes y creativas especialmente en el ámbito español⁸⁶. Una de las

críticas más consistente es la del divorcio entre el mundo de los muertos y el mundo de los vivos. Necesitamos una mirada holística a la arqueología de los enterramientos⁸⁷ y de los asentamientos –algo ya sentido incluso desde los presupuestos tradicionales⁸⁸–, es preciso combinar la información de las relaciones sociales a partir de los registros domésticos y de los registros funerarios. Pero esa mirada tiene que ser más antropológica como bien demuestra, por ejemplo, el pobre análisis que este ensayo ha podido realizar. No valen los datos viejos para informar a las preguntas nuevas. Los enterramientos demandan a la arqueología contemporánea nuevas consideraciones teóricas, p. e. la consideración de las sepulturas como procesos, y también analíticas, entre las que los análisis de oligoelementos y las posibilidades del ADN se encuentran en primera fila. También las casas protohistóricas necesitan una mirada más antropológica⁸⁹, desde los análisis “biográficos” de las mismas, las dimensiones simbólicas de su construcción, mantenimiento y reparaciones⁹⁰ hasta los análisis funcionales y las capacidades de almacenamiento de alimento.

En el caso de las comunidades del Bronce Final-Hierro en el NE. de la Península Ibérica el análisis realizado ha sido selectivo sobre algunos de los casos más interesantes aunque como señalaba más arriba la información disponible deja bastante que desear a la hora de explorar las diferencias sociales en tumbas y casas. Dejando aparte la necesidad de generar unos registros de mayor calidad y que cubran los nuevos aspectos considerados, el cuadro general que emerge de este estudio es el siguiente:

85 VILASECA, S. *et al.* (1963).

86 LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986). LULL, V. y PICAZO, M. (1989). LULL, V. (2000).

87 SCARRE, Ch. (1994).

88 CASTIELLA, A. y BIENES CALVO, J. J. (2002).

89 BELARTE, C. (1997).

90 BRADLEY, R. (2003).

1) Partimos de una mayor igualdad social en los momentos de Campos de Urnas Antiguos, en los que los escasos objetos de bronce marcan ciertas diferencias tanto en hábitats como en sepulturas. Especialmente algunos elementos de armamento ofensivo y defensivo se podrían vincular a élites. El carácter de estas supuestas diferencias iniciales exige, para el futuro, análisis de oligoelementos en restos humanos que nos muestren el grado de variabilidad de la alimentación y la posible desigualdad en el acceso a la producción.

2) La diferenciación de ajueres funerarios y equipos domésticos que se advierte a lo largo de los Campos de Urnas Recientes sugiere un proceso de diferenciación social dentro de las propias comunidades del NE.,

aunque, como vengo repitiendo, la información disponible tiene fuertes limitaciones. Los procesos también apuntan a secuencias independientes dentro de las distintas regiones culturales de finales de la Edad del Bronce, aunque las comparaciones resulten por ahora de difícil establecimiento.

3) Las disimetrías sociales esbozadas en la etapa anterior alcanzan mayor visibilidad en la Primera Edad del Hierro. Algo claramente demostrado en la aparición de tumbas con armas que amortizan importantes cantidades del nuevo metal. Las tumbas con armas y el establecimiento en algunas áreas próximas a la costa mediterránea de economías de “bienes de prestigio” resumen el proceso final de diferenciación social iniciado en los albores del Bronce Final.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNOLD, B. (1999): “Drinking the Feast”: Alcohol and the legitimation of power in Celtic Europe”, *Cambridge Archaeological Journal*, 9 (1): 71-93.
- (2001): “Power drinking in Iron Age Europe”, *British Archaeology*, 57: 12-19.
- (2002): “A landscape of ancestors: the space and place of death in Iron Age West-Central Europe”, en H. Silverman D Small, (eds.), *The Space and Place of Death*, Arlington, Archaeological Papers of the American Anthropological Association, pp. 129-144.
- ASENSIO VILARÓ, D. *et al.* (1994-96): “El poblament de les comarques dels curs inferior de l'Ebre durant el Bronce Final i la Primera Edat del Ferro”, *Gala*, 3-5: 301-307.
- BARTELHEIM, M. y HEYD, V. (2002): “Cult and Burial: Patterns of Post-funeral treatment in the Bronze and Iron Ages of Central Europe”, en Berteme, F. y Biehl, P. (eds.), *The Archaeology of Cult and Religion*. Budapest, Archaeolingua, pp. 261-276.
- BELARTE, C. (1997): “Arquitectura doméstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica”, *Arqueomediterrànea*, 1: 179-192.
- BELTRÁN, A. (1962): “Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón: I. La planta. II. Los kernoi”, *Caesaraugusta*, 19-20: 7-21.
- (1984): “Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspé)”, *Boletín Museo de Zaragoza*, 3: 23-101.
- BELTRÁN, A. y ÁLVAREZ, A. (1986): “Una comprobación de las excavaciones del poblado del Bronce Final y de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón, Caspe (Zaragoza)”, *Boletín del Museo de Zaragoza*, 6: 59-69.
- BOJ i CULLELL, I. (2000): *Retorn a la Prehistòria*. Barcelona, Rafael Dalmau Editor.
- BRADLEY, R. (1989): “Comment on A. Cannon: The historical dimension in mortuary expressions of status and sentiment”, *Current Anthropology*, 30 (4): 448-449.
- (2003): “A Life Less Ordinary: the Ritualization of the Domestic Sphere in Later Prehistoric Europe”, *Cambridge Archaeological Journal*, 13 (1): 5-23.
- BROWN, J.A. (1995): “On mortuary analysis -with special reference to the Saxe-Binford research program”, en L. Beck (ed.), *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, Nueva York, Plenum Press, pp. 3-28.
- BRUN, P. y CHAUME, B. (eds.), (1997): *Vix et les éphémères principautés celtiques. Les VIe-Ve siècles avant J.-C. en Europe centre-occidentale*. Paris, Errance.
- CAMPILLO VALERO, D. (1991): “Cremació-incineració”, *Limes*, 1: 67-74.

- CANNON, A. (1989): "The historical dimension in mortuary expressions of status and sentiment", *Current Anthropology*, 30 (4): 437-458.
- CASTIELLA, A. y BIENES CALVO, J.J. (2002): "La vida y la muerte durante la Protohistoria en el Castejón de Arguedas (Navarra)", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 10.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. (1994): *La Sociedad de los Campos de Urnas en el Nordeste de la Península ibérica*, Oxford B.A.R. Inter. Ser. 592.
- CHAPMAN, R. W., KINNES, I. y RANDSBORG, K. (1981): *The archaeology of death*. Cambridge, Cambridge University Press.
- DIETLER, M. y HAYDEN, B. (2001): *Feasts: Archaeological and ethnographic perspectives on food, politics and power*, Washington, Smithsonian Institution Press.
- EIROA, J.J. (1982): *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- (1986): "Una aproximación al modelo urbano del Bajo Aragón protohistórico", en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp. 389-408.
- EIROA, J.J. y BACHILLER, J.A. (1985): "Informe de la IV Campaña de Excavaciones Arqueológicas en el poblado y necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, VI: 147-192.
- FERRÁNDEZ, M., LAFUENTE, A., LÓPEZ, J.B. y PLENS, M. (1991): "La necrópolis tumular d'incineració de la Colomina I (Gerb, la Noguera)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1: 83-150.
- GALLART, J. (1991): *El dipòsit de bronzes de Llavorsí (Pallars, Sobirà)*. Barcelona, Excavaciones Arqueológicas a Catalunya, 10.
- GARCÍA LÓPEZ, E. (1994): "Un modelo de análisis de evolución arquitectónica e interpretación social. El asentamiento del Bronce Final-Primera Edad del Hierro del Alto de la Cruz (Cortes, Navarra)", *Pyrenae*, 25: 93-110.
- GEMTSENT, F. (ed.) (2000): "Food and foodways", *Archaeological Dialogues*, 7 (2).
- GENERA, M. (1995): *El poblat protohistòric del Puig Roig del Roget (El Masroig, el Priorat)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- GOSDEN, C. y HATHER, J. (1999): *The Prehistory of Food*. Londres, Routledge.
- GRUP D'INVESTIGACIÓ Prehistòrica (G.I.P.), (2003): "Caballos y hierro. El campo frisio y la fortaleza de "Els Vilars d'Arbeca" (Lleida, España, siglos VIII-V a.n.e.", en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente y J. B. López, (coords.), *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*. Lleida, Universidad de Lleida, pp. 233-274.
- JIMENO, A., TRANCHO, G., MORALES, F., ROBLEDO, B. y LÓPEZ BUEIS, (1996): "Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis de Numancia", *Numantia*, 6: 31-44.
- JOHANSSON, N. (1998): "Graves and depositional processes – an example from the Santa Maria Valley, Northwestern Argentina", *Revista de Arqueologia Americana*, 14: 153-172.
- JUAN-TRESSERAS, J. (1998): "La cerveza prehistórica: investigaciones arqueobotánicas y experimentales", en J. L. Maya, F. Cuesta, y J. López Cachero, J. (eds.): *Genó. Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 239-252.
- JUNYENT, E. (1989): "La evolución del habitat en la Cataluña meridional durante la Edad del Bronce, Primera Edad del Hierro", en *Habitats et structures domestiques en Méditerranée Occidentale durant la Protohistoire. Préactes du Colloque International Arlés-sur-Rhône*, pp. 95-105.
- JUNYENT, E., LAFUENTE, A. y LÓPEZ, J.B. (1994): "L'origen de l'arquitectura en pedra i l'urbanisme a la Catalunya Occidental", *Cota Zero*, 10: 73-89.
- LÓPEZ, J.B. y GALLART, J. (2002): "La societat a l'edat del bronze", en J. LL. Ribes Foguet, (ed.), *Sala d'Arqueologia. Catàleg*. Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, pp. 119-134.
- LÓPEZ, J. y PONS, E. (1995): "Les necropolis d'incineració tumularies de la zona pirinenca", en *Muntanyes i població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinària. I Simposi de poblament dels Pirineus*, Andorra la Vella, Andorra, pp. 107-126.
- LOUIS, M., TAFFANEL, O. y TAFFANEL, J. (1960): *Le Premier âge du Fer Languedocien*, Montpellier.
- LULL, V. (2000): "Argaric society: Death at home", *Antiquity*, 285: 581-590.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 441-452.
- LULL, V. y PICAZO, M. (1989): "Arqueología de la muerte y estructura social", *Archivo Español de Arqueología*, 62: 5-20.
- McKINLEY, J.I. (1989): "Cremations: expectations, methodologies and realities", en Ch. A. Roberts, F. Lee y J. Bintliff, (eds.), *Burial Archaeology, Current Research, Methods and Developments*. Oxford, B.A.R. B. Ser. 211, pp. 65-76.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954-58): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico I y II*, Pamplona.
- (1984): "Avance al estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra", *Príncipe de Viana*, LXIV.
- (1984): *La necrópolis paleoibérica de Mas de Mussols, Tortosa, Tarragona*, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G. (1990): *Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-1988*. Pamplona, Trabajos de Arqueología Navarra, 9.
- MASCORT, M. T., SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Beniffallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*. Tarragona, Diputació Provincial de Tarragona.
- MAYA, J.L. (1978): "Las necrópolis tumulares ilerdenses", *2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, pp. 83-96.

- (1986): “Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i del Cinca”, *Cota Zero*, 2: 39-47.
- (1993): “En torno al origen del mundo ibérico catalán: problemas de substrato”, *Laietania*, 8: 9-19.
- (2002): “La quotidianitat a l’edat del Bronze”, en J. Ll. Ribes Foguet (ed.) *Sala d’Arqueologia. Catàleg*, Lleida, Institut d’Estudis Ilerdencs, pp. 11-26.
- MAYA, J.L., CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, X. (eds.) (1998): *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre*, Barcelona, Publicaciones de la Universitat de Barcelona.
- MAYA, J.L., LÓPEZ CACHERO, J., GONZÁLEZ, J.R., JUNYENT, E. y RODRÍGUEZ, J.I. (2001-2002): “Excavacions (1981-1983) en el poblado de Carretelà (Aitona, Segrià, Lleida)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 11-12: 151-233.
- MORRIS, I. (1991): “The Archaeology of Ancestors: the Saxe / Goldstein Hypothesis Revisited”, *Cambridge Archaeological Journal*, 1 (2): 147-169.
- MUNILLA, G. (1993): “Paleoeconomía de la Primera Edad del Hierro en los Pirineos Occidentales (Alto de la Cruz, Cortes de Navarra). Un modelo de estudio teórico”, en *118ème Congrès national des sociétés historiques et scientifiques*, Paris, Ed.CTHS, pp. 567-596.
- MUNILLA CABRILLANA, G. y GRACIA ALONSO, F. (1995): “Evolución arquitectónica del poblado protohistórico del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra)”, en F. Burillo (coord.), *Poblamiento Celtibérico, III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, pp. 41-57.
- (1994-96): “La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el Valle Medio del Ebro”, *Gala*, 3-5: 153-170.
- OLIVIER, L. (1999): “The Hochdorf “princely” grave and the question of the nature of archaeological funerary assemblages”, en T. Murray, (ed.), *Time and Archaeology*, Londres-Nueva York, Routledge, pp. 109-138.
- O’SHEA, J.M. (1996): *Villagers of the Maros. A Portrait of an Early Bronze Age Society*. Nueva York-Londres, Plenum Press.
- PARKER PEARSON, M. (1993): “The Powerful Dead: Archaeological Relationships between the Living and the Dead”, *Cambridge Archaeological Journal*, 3(2): 203-229.
- (1999): *The archaeology of death and burial*. Stroud, Sutton.
- PETIT, M^a A. (1985): *Contribució a l’estudi de l’Edat del Bronze a Catalunya (comarques del Moianès, Vallès Oriental, Vallès Occidental, Maresme, Barcelonès i Baix Llobregat)*. Universidad Autónoma de Barcelona, tesis doctoral inédita leída en 1985.
- PITA, R. y Díez Coronel, L. (1968): “La necrópolis de “Roques de Sant Formatge” en Serós (Lérida)”, Excavaciones Arqueológicas en España, Madrid, 59.
- PONS, E. y COLOMER, A. (1988): “La Fonollera. Una aldea del Bronce Final”, *Revista de Arqueologia*, 92: 8-24.
- PONS, E. (1977): *La Fonollera (Torroella de Montgrí, Girona). Un poblado al aire libre del Bronce Final*. Girona, S.T.I.A. de la Diputació de Girona (Monografías, 1).
- (1984): *L’Empordà de l’Edat del bronze a l’edat del ferro, 1100-600 a.C.* Girona, Centre d’Investigacions Arqueològiques de Girona.
- PONS i BRUN, E. (2000-a): “Las necrópolis de incineración del Bronce Final y de la Edad del Hierro en Cataluña”, en *Archéologie de la Mort, Archéologie de la Tombe au Premier Âge du Fer*, Monographies d’Archéologie Méditerranéenne, 5. Lattes, pp. 31-40.
- (2000-b): *Pobles de muntanya, pobles d’aigua al Pirineu oriental (1100-650 aC)*. Roses (Girona). Brau edicions.
- (2003): “De l’edat del bronze a l’edat del ferro a Catalunya : desplaçaments, estades i canvi cultural” , *Cota Zero*, 18: 106-130.
- PONS, E. y ESTEBA, J. (en prensa): “La signification sociale des nécropoles à incineration en Catalogne côtière (Bronze final et premier Âge du Fer - entre 1285 et 580 av. J.C.) ».
- PONS, E. y FRANCÉS, J. (1994): “L’habitat et les ressources alimentaires du Bronze Final et du Premier Âge du Fer en Catalogne méditerranéenne », en *XXIV Congrès Préhistorique de France. Habitats, économies et sociétés du Nord.ouest méditerranéenne*, Carcassonne, pp. 125-138.
- PONS, E. y MAYA, J.L. (1988): « L’Âge du Bronze Final en Catalogne », en P. Brun y C. Mordant (eds.), *Le Group Rhin-Suisse-France Orientale et la notion de civilisation des Champs d’Urnes*, Nemours, Mémoires de Musée de Préhistoire de l’Île-de-France, 1, APRAIF, pp. 545-557.
- RAFEL, N. (1989): *La necrópolis del Coll del Moro de Gandesa: les estructures funeràries*, Tarragona, Ajuntament de Tarragona.
- (1991): *La necrópolis del Coll del Moro de Gandesa: els materials*, Tarragona, Diputació de Tarragona.
- RAFEL, N. y HERNÁNDEZ, G. (1992): “Pràctiques funeràries a la necrópolis del Coll del Moro (Gandesa, La Terra Alta)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 2: 37-57.
- ROLLEY, C. (dir.), (2003)L: *La Tombe Princière de Vix*. Paris, Editions Picard (2 vols.).
- ROVIRA, J. y CURA, M. (1989): “El món tumular català des del bronze antic fins època ibèrica. Continuitat versus substitució”, *Espacio, Tiempo y Forma. Prehistoria y Arqueologia*, I (2): 153-171.
- ROVIRA, J., LÓPEZ MULLOR, A., GONZÁLEZ, J. R. y RODRÍGUEZ, J.I. (1997): “Solibernat: un model d’assentament protourbà en el Bronce Final de Catalunya. Síntesi de les campanyes 1981-1982”, *Miscelània Arqueològica*, pp. 39-82.
- ROVIRA, J. y PETIT, A. (1996): *La unitat habitacional de Can Cortes (San Just Desvern, Barcelonès)*, Barcelona, Museu d’Arqueologia de Catalunya (Monografies Arqueològiques, 6).

- ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1982-a): "Protourbanismo y asentamientos de la Edad del Bronce en Catalunya", *Informació Arqueològica*, 38: 26-35.
- (1982-b): *El yacimiento de la Mussara (Tarragona). Un modelo de asentamiento pastoril en el Bronce Final de Catalunya*. Barcelona, Monografies Arqueològiques, 2.
- ROYO, J.I. (1994): "Estelas y cipos funerarios en la necrópolis tumular de Los Castellet de Mequinenza (Zaragoza, España)", en *IV Congreso Internacional de Estelas Funerarias*. Diputación Provincial, Soria, pp. 117-134.
- (1994): "Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castellet de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final /Hierro I en el NE. Peninsular", *Gala*, 3-5: 93-108.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1983-85): *Los Campos de Urnas en el NE. de la Península Ibérica*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- (1984): "El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior", *Kalathos*, 34: 51-70.
- (1992): "Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia" *Gala*, 1: 103-116.
- (1997): "Migration revisited. Urnfields in Iberia", en M. Díaz Andreu y S. Keay, (eds.), *The Archaeology of Iberia. The Dynamics of Change*. Londres-Nueva York, Routledge, pp. 158-174.
- (2001): "Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los campos de urnas", en M^a. L. Ruiz-Gálvez, (coord.), *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*. Barcelona, Crítica, pp. 257-291.
- (2003): "Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa Templada", en N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente, y J. B. López, (coords.), *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edat del ferro europea*, Lleida, Universitat de Lleida, pp. 13-34.
- RUIZ ZAPATERO, G., LORRIO, A. y MARTÍN, M. (1986): "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el microespacio*, Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, pp. 79-101.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA, J. (1994-95): "La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce Medio a la Edad del Hierro en el NE. de la Península Ibérica", *Gala*, 3-5: 33-47.
- SANMARTÍ, E., BARBERA, J. y COSTA, F. (1982): "Les troballes funeràries d'època ibèrica arcaica de la Granja Soley (Santa Perpetua de Mogoda, Vallès Occidental, Barcelona)", *Ampurias*, 44: 71-103.
- SCARRE, Ch. (1994): "The meaning of death: funerary beliefs and the prehistorian", en C. Renfrew y E.B.W. Zubrow, (eds.), *The Ancient Mind. Elements of cognitive archaeology*. Cambridge, CUP, pp. 75-82.
- VAN DER VEEN, M. (ed.), (2003): "Luxury Foods", *World Archaeology*, 34 (3).
- VILASECA, S. (1943): *El poblado y necrópolis prehistóricos de Molá (Tarragona)*. Madrid, Acta Arqueológica Hispánica, 1.
- VILASECA, S., MANÉ, R. y SOLÉ CASELLES, J. M. (1963): *La necrópolis de Can Canyís (Banyeres, prov. de Tarragona)*, Madrid, Trabajos del Servicio de Historia Primitiva del Hombre, VIII, Madrid.
- WELLS, P. S. (1984): *Farms, Villages, and Cities. Commerce and Urban Origins in Late prehistoric Europe*, Londres, Cornell University Press.